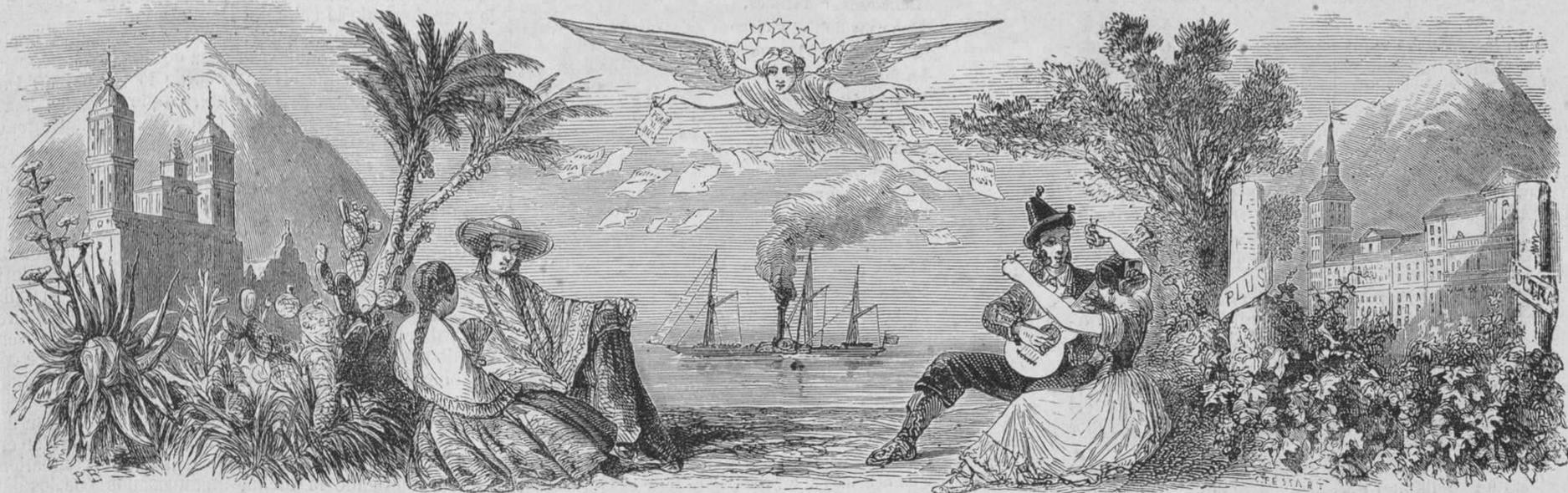


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

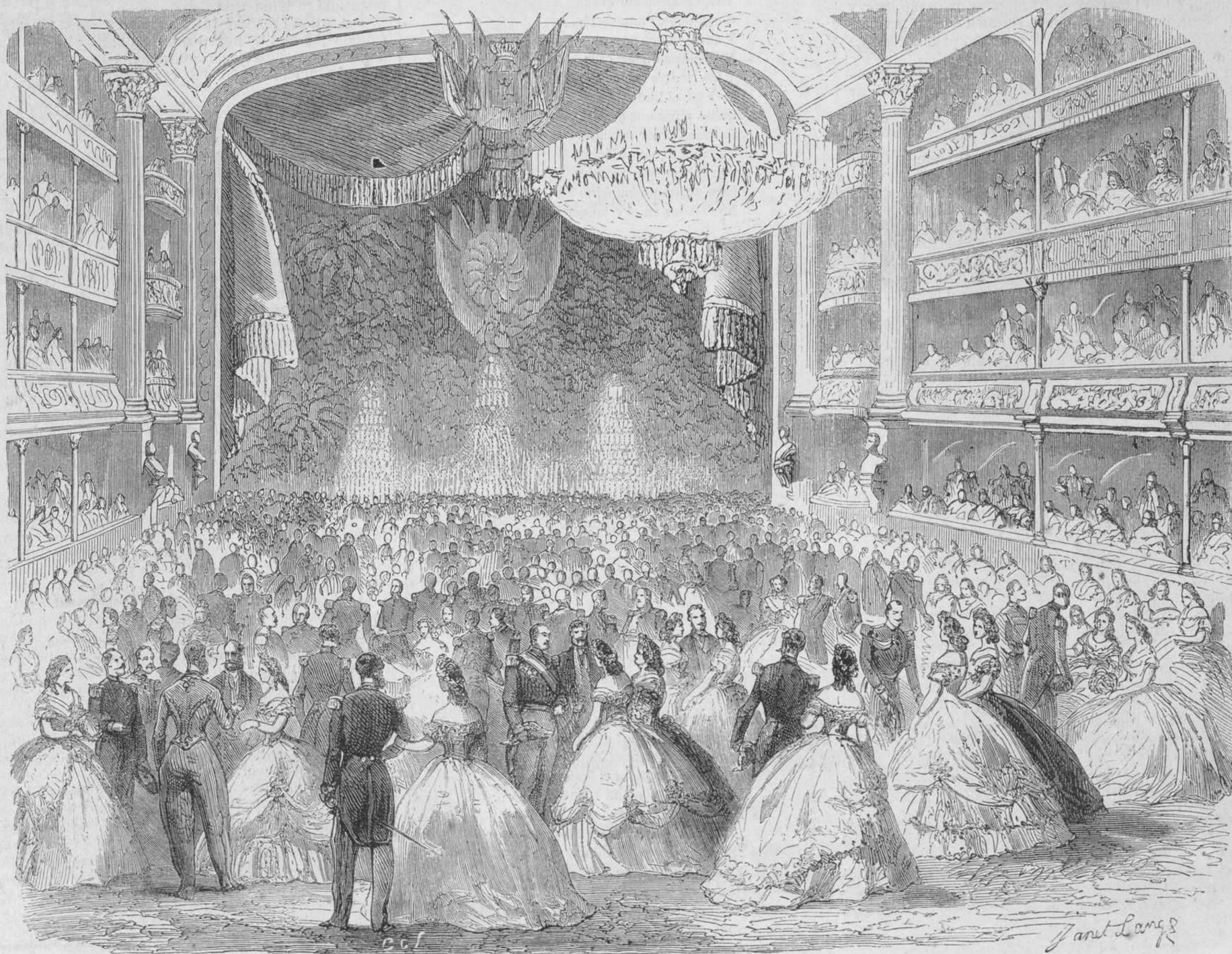
AÑO 22. — Nº 558.

SUMARIO.

Baile dado por el ejército francés á las señoras de Méjico; grabado. — Revista española. — Las especulaciones.

— Sucesos de Polonia; grabados. — Terremoto de Manila; grabados. — Revista de Paris. — La mañana y la tarde. — Regatas de Saumur; grabado. — Inauguracion del campo de carreras en Tolon; grabado. — Fiestas de Cherburgo; grabado. — Rincones de España. — El con-

de de Barcelona. — La caza; grabados. — Una excursion por Castilla y las provincias Vascongadas. — Los últimos cuentos de Edgardo Poe. — El pugilismo; grabado. — El Puebla; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



Baile dado por el ejército francés á las señoras de Méjico en el teatro.

Revista española.

Nada y algo. — Funciones gimnástico-ecuestres de todas clases. — Noticias de los cafés. — Temporada teatral. — La Patti y doce mil reales. — El Escorial por dentro y por fuera. — Poco de libros. — Las calles de Madrid. — La del Desengaño. — La del Codo. — Datos curiosos para la historia íntima contemporánea. — Una satisfacción. — Un deseo del cronista.

Como la corte ha continuado en la Granja, y las elegantes damas que mueven los hilos de esa interesante comedia que se llama vida social se han retirado á sus cuarteles de verano, hablar de la animación de Madrid, que no ha tenido animación, sería hablar de la nada, y prefiero hablar de algo.

Hablemos, por ejemplo, de los circos: en el de Price se han representado dos pantomimas con gran éxito: el *Bandido de las montañas de Calabria*, y la *Casa mágica*.

Las dos han llenado su objeto: hacen reír y entretienen.

En el circo del Príncipe Alfonso, resuelve todas las noches el problema de andar por el aire un célebre gimnasta llamado Leotard; pero para asistir á estas funciones semi-áreas, semi-ecuestres, no ha sido necesario acudir á los circos.

Desde su mullida poltrona nos han dado los actuales ministros un espectáculo acabado del género de los que describimos.

En los ejercicios que han estado mas felices han sido en esos que se llaman ingleses, en los cuales los cambios, las subidas y las bajadas, y otras lindezas parecidas forman la diversion. Solo les ha faltado dar la voltereta; pero en los momentos en que escribo corren rumores de que están próximos á darla.

Es muy posible que mañana sea otro día.

Retirándonos de las funciones al aire libre, ó poco menos, porque las noches empiezan á ser frescas, guarczámomos en los cafés para oír las noticias teatrales que circulan en abundancia con motivo de la próxima temporada.

Cuatro serán los teatros de verso que estén abiertos durante el año cómico que empieza, y dos los líricos, el de zarzuela y el de ópera italiana.

En el teatro del Circo se representará mañana una comedia en tres actos, titulada: *Lances de honor*, escrita por don Joaquín Estébanez, nombre postizo de un autor aplaudido con el que se disfrazaba para neo-católico y politiquero, como dice el famoso cronista de un periódico que tiene la fortuna de ser leído con mucho gusto en los círculos mas elegantes de Madrid.

En el del Príncipe, Matilde Diez, Catalina y su escogida compañía se proponen en el próximo año alternar con las nuevas obras las mejores del teatro antiguo, y en la actualidad ensayan una de Montalvan, que se titula: *No hay vida como la honra*.

En Variedades se defenderá Rómulo, aunque para defenderse necesita una buena cota de malla con que parar los golpes de su adversa fortuna, y en Novedades habrá, según se dice, melodramas, comedias de magia y demás monstruosidades del arte dramático.

La Zarzuela está en baja, por culpa de sus mismos padres, que creyendo hacerla un bien, la visten con los trajes de la ópera francesa, y el público que la quería española empieza á desconocerla, y acaso acabará por repudiarla.

El teatro que mas favorecido ha de verse, según las conjeturas que todos hacen, es el Real, ó de ópera italiana, en cuya compañía figura la notabilidad en boga, la joven y deseada artista Adelina Patti, la cual, sea dicho de paso, hace pagar muy cara la dicha de escucharla (12,000 reales cada noche).

Estas noticias son el programa, ó mejor dicho la promesa de párrafos animados é interesantes en mis venideras revistas.

Los viajeros empiezan á regresar, los tapiceros adornan con nuevas galas los salones de las fantásticas noches de invierno, y en el próximo mes, los acontecimientos vendrán en mi ayuda para solaz de mis lectores.

Hoy por hoy, fijando mis ociosas miradas en uno de los sitios reales mas próximo á Madrid, en el Escorial, no le abandonaré sin trasladar á las columnas del *Correo de Ultramar* la bellísima descripción, que en fáciles y elegantes versos ha publicado el festivo y donoso escritor y poeta don Francisco de Paula Madrasto, con lo cual podrán mis lectoras formarse una idea de la vida que se hace en ese precioso jardín que hay sobre el Guadarrama, y que tan célebre es en todo el mundo.

El inspirado narrador dice así:

A la Casita de arriba
Se dirigen con afanes
Las familias que aquí pasan
Los días caniculares.
A la Casita en cuestion
Van en grupos desiguales
Un paso tras otro paso,
Y una tarde y otra tarde,
Y en aquella escalinata
Se sientan niñas y madres
Y niñerás y pasiegas
Y pequeñuelos audaces.
Es la Casita un jardín

De posición saludable,
En forma de anfiteatro,
Desde el cual puede gozarse
Con la vista, un panorama
Como pocos deleitable.
Pero siempre á la Casita
Es cosa que no distrae.
Hay otros sitios aquí
Deliciosos, celestiales,
Que convidan al viajero
Con goces que le complacen.
La fuente de los Capones,
Sitio de los chocolates,
Teatro de tantas escenas
Cómicas, horripilantes.
Las célebres Arenitas;
La Presa, cuyo salvaje
Aspecto acrece el encanto
De su pintoresco estanque.
El camino de la Granja
Para coches aceptable.
El de la Teja, algo agreste,
Pero original y grave.
¿Y la Casita de abajo
Tan frondosa con su parque
Y los primores que encierra
Que son orgullo del arte?
¿Y el paseo piramidal
Que debemos al alcalde,
Con la ayuda del de Sesto
Que nos regaló los árboles,
Árboles que darán pronto
Grata sombra á los que pasen
De la estación á la villa
Que á Felipe debe su auge?
Pues todos estos paseos,
Estos sitios deleitables
Abandonados se ven
Por la colonia inconstante
Que durante la canícula
Aquí sienta sus reales.
Es mucha monotonía
Siempre al jardín de los frailes,
Tonto remedo del Prado
Con un polvo intolerable,
Y Saboreo que no oye
Y las sillas que se caen
Y las madres que se sientan
Para ver el lindo talle
De las niñas que gracias
Se deslizan por delante;
En tanto que las niñeras
Dan gritos descomunales
Para que tanto bambino
No se caiga en el estanque.

Hé aquí ahora un boceto de la vida privada en el real Sitio:

« — Mamá, yo me seco aquí;
Podrá ser esto muy sano,
Pero lo que es de placeres
Está por demás escaso.
Si suprime usted el paseo
Y por la noche el teatro,
Donde tiene el pobre Ugalde
Unos llenos de verano,
Díganme qué hace una niña
Como yo de quince años.
Bien se pasa la mañana
Vistiéndonos, almorzando,
Yendo un rato al Monasterio
Que trazó Herrera tan ancho
Que ni al entrar ni al salir
Con un pollo tropezamos;
Luego nos hacen visitas
O las visitas pagamos;
Si la señora es casada
Está aquí con sus criados
Y con cuatro chiquitines
Que son el mismo diablo.
Y hay aquello de decir:
¿Su esposo de Vd.? — Tan guapo;
Se me achicharra en Madrid
Porque así lo quiere el hado,
Y me paso la semana
Disgustada, suspirando,
¿Qué hará mi Mamerto ahora?
¿En qué pensará el cuitado?
Y así estoy, dale que dale,
Hasta que el tren de los sábados
Le trae por algunas horas
A mi amoroso regazo. »

Esto, como se comprende, lo dice una tierna niña á su pacífica madre; y los dos fragmentos copiados bas-

tan para completar el cuadro que me he propuesto trazar.

Volvámonos á Madrid y registremos las librerías.

Nada nuevo ó muy poco. Las novedades literarias escasean, por no decir que faltan.

Sin embargo, ha comenzado á publicarse en esta corte un libro muy notable, lleno de curiosas noticias, acerca del origen histórico y etimológico de las calles de Madrid.

Como episodio interesante, citaré el que se refiere á la etimología de la calle del Desengaño.

« Ocurrió, dice el autor, que en una oscura noche Jacobo de Grattis rondaba la casa de una joven honesta, hermosa y rica, que vivía cerca de la Puebla de Don Juan de la Victoria Bracamonte, empero ella le despreciaba con cierto desden; sin embargo, el amante general cada vez estaba mas enamorado de la misma, pareciéndole que era el único objeto de su amor. Cegado por el orgullo de esta y por el suyo, no presumió ni un instante que estuviese enamorada de otro, pero sí temió que diese cierta preferencia al príncipe Vespasiano de Gonzaga, joven gallardo y simpático, a quien en dicha noche halló Jacobo paseándose en sitio tan solitario y poco poblado, porque eran las afueras de la villa. Al verle, Jacobo empezó á rechinar los dientes de rabia y de celos, admirando la juventud y brillantes prendas de su formidable rival, á quien trató de vencer con el golpe de su espada; pero cuando ambos se batían, pasó por allí una sombra de mujer, cubierta con un largo velo, caminando muy de prisa; detrás venían dos caballeros siguiendo á aquella sombra, que también era seguida por un zorro, cosa que asustó á los combatientes, suspendiendo la lucha, atemorizados por los ojos vivos y brillantes del animal que marchaba tras de la sombra. Al acercarse las dos personas conoció el joven príncipe á don Gomez de Figueroa, duque de Jerez, y á don Bernardo de Sandoval y Rojas, conde de Lerma, á quien también saludó Jacobo, manifestando á los mencionados combatientes, que acababan de prestar un servicio importante al rey Don Felipe II, contra quien conspiraba su hijo el príncipe Don Carlos, en combinación con don Inigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado. Entonces se unieron los cuatro caballeros para seguir la sombra, que iba ya á gran distancia, é indagar quién era; alcanzáronla, porque estaba parada; ellos también se detuvieron y casi temblando se acercaron á preguntarle quién era, pero la tapada había huido; lo que allí quedó fué un espectro arrimado á la pared, á quien Jacobo levantó el velo, notando que no respiraba ni tenía vida.

— ¿Quién eres tú? interpeló don Gomez; y arrancándole el manto negro que le cubría, hallaron una momia bien conservada con ropilla y trusa de terciopelo, convenciéndose de que era un cadáver de mucho tiempo.

Al ver esto, dieron un grito espantoso, diciendo el duque de Lerma á sus compañeros:

— ¡Qué desengaño!

A lo lejos vieron brillar una antorcha, y corrieron á ella, pero esta se apagó, y sintieron pasos. Entonces, sacando las espadas, se prepararon para acometer, mas el zorro que vieron antes volvió á presentarse delante de ellos, dando grandes aullidos, por lo que los caballeros juzgaron ser aquello un encanto; sin embargo, trataron de apoderarse del zorro.

Mientras tanto pasó el grupo sospechoso, en que iba el príncipe Don Carlos con sus parciales, que ya se retiraban de la quinta del conde de Buínguerra. Los nobles se alejaron de aquellos parajes con bastante pavor, sin conocer que todo era una astucia de los conspiradores, los cuales se rieron de su estupidez y miedo.

Hay tradición de que este y no otro fué el origen de esta calle, el cual se mudó luego denominándola de los Basilijs, por estar allí el monasterio de los monges de esta orden; pero despues volvió á llamársela del Desengaño, y este es el nombre por que hoy se la designa. »

Hé aquí ahora el origen de la calle del Codo.

« Esta calle, como indica su nombre, es posterior á la creación de la especie humana, porque claro está que no podría existir la palabra *codo* antes de haber codos por el mundo.

El origen de este nombre es tan curioso como entretenido. Despues de aquel soberbio codazo que dimos á Francia en la batalla de Pavia, el valiente Alarcon trajo á Francisco I prisionero á Madrid, y á su casa de los Lujanes, que tenía la entrada por la calle del Codo. El rey de Francia venía atado codo con codo, y al pasar por el estrecho recodo de esta calle, no queriendo codearse con su carcelero, se arrimó demasiado á la pared dándose un tremendo codazo, del cual todavía hay señales en la piedra. Como han demostrado claramente mister Cobden en su *Tratado de codificación*, y el padre Codino en su *Apertura de codicilos*, Francisco I, durante su prision, se comía los codos de rabia, y pidió permiso para jugar un rato al tresillo; pero el augusto prisionero era demasiado feliz en amores para que lo fuese también en el juego; así es que su carcelero le arrimaba cada codillo que le partía el alma. Por esta ú otras razones contrajo la costumbre de exclamar siempre que se enfurecía:

— « ¡Codo! » de donde vino el nombre á la calle. »

En otra ocasión repetiré nuevas curiosidades de este género.

A propósito de un libro que ya he anunciado, me remite un alto personaje político las siguientes indicaciones, cuya lectura me parece interesante.

Dice el personaje en cuestion:

En los interesantes episodios pintados con tanta gala

como novedad por el señor don Antonio Flores, bajo el título de *Ayer, Hoy y Mañana*, echamos de menos algunas escenas que bien pudieran figurar en tan populares leyendas; en prueba de ello vamos á hacer mención de una de dichas escenas, correspondiente al cuadro de *Ayer*, y lo hacemos con la timidez propia de nuestra insuficiencia para llenar dignamente un periodo digno de la aventajada pluma del autor citado.

El episodio de que vamos á ocuparnos es el de la comparación de la corte de la familia real, con la corte establecida frente á palacio en la suntuosa morada del favorito príncipe de la Paz.

En la primera solo se veía un corto número de altos dignatarios del Estado, y particularmente de los personajes conocidamente desafectos al valido.

Este acto de etiqueta era breve y sumamente frío, pues se reducía á cambiarse algunas frases entre los reyes y algunos de los concurrentes: casi nunca apareciendo el príncipe de la Paz, y cuando lo hacia era para eclipsar con su fausto y el de su séquito el modesto aparato de los monarcas.

También se efectuaba en palacio en aquella época otro acto de etiqueta muy notable para las costumbres del día, tal era de comer en público el rey, los infantes y el príncipe de Asturias, cada uno en sus diversas habitaciones.

Se sustrajo de tan extravagante costumbre la reina María Luisa, que comía reservadamente en sus aposentos: vamos pues á bosquejar la escena de la comida en público, pues por ella se podrá deducir lo que ocurría en los otros departamentos de la familia real:

El monarca en su comedor, vestido con casaca seria, de seda, chupa y calzón de la misma tela, bota alta, un sable corto y sombrero apuntado, saludaba á los jefes, oficiales y cadetes de la guarnición libres de servicio, que asistían á dicho acto y ocupaban el ángulo opuesto al en que se sentaba S. M. frente á ellos, teniendo delante una mesa pequeña de vara y media de largo por una de ancho; muy inmediato á ella habia otra mesa de iguales dimensiones donde se colocaba el gentil-hombre de cámara de servicio para trinchar y servirle los manjares.

Habia otro empleado de palacio cuyas funciones se reducían á acompañar al sirviente que traía el plato de la cocina, el cual viene repitiendo con un tono imponente la voz *plato*, á cuya voz todo transeunte se separaba, y tomando dicho plato el gentil-hombre en la puerta del comedor, lo colocaba sobre la mesa ya indicada, y tomando la porción que necesitaba, llevábase el manjar por el mismo camino: el plato era una fuente cubierta de plata: la voz preventiva de *plato* era, según se nos informó, para precaver cualquier desmán de alguno que intentase envenenar al rey; este acostumbraba á ponerse la servilleta en el ojal de la casaca; comía de prisa y con buen apetito, y se le veía como deseoso de terminar aquella urgente necesidad para satisfacer otra mayor que le apremiaba: la caza. Concluida la comida, recogía del mantel todos los desperdicios del pan, formaba una pasta con ellos, y era el último de sus bocados; en seguida se levantaba precipitadamente, se dirigía al grupo en que estaba la oficialidad, hablaba con ellos, y particularmente dirigía algunas frases á los cadetes, que era la dignidad que desempeñaba el que escribe estos apuntes. Hé aquí las frases que se cruzaban: ¿Dónde has nacido? En la Habana.

Entonces poniéndome la mano sobre el hombro, añadió: Me ha dicho Urrutia que no ha conocido un solo habanero cobarde. Mi respuesta fué: Señor, el general Urrutia honra demasiado á mis paisanos. Entonces encarándose con el maestro de cadetes, le dijo: Parece que tu discípulo no se muerde la lengua; y el profesor le contestó: Estos americanos son muy ladinos.

Concluidos sus diálogos, salía al corredor el rey, donde lo asaltaban sus perros á los cuales acariciaba, y bajando entretenido con ellos por la grada-escalera de palacio, entraba en el coche tirado por ocho mulas, y como un relámpago bajaba por la calle hoy denominada de Bailen, á tomar el camino del Pardo, á donde lo estaban esperando los ojeadores, y comenzaba la cacería hasta ponerse el sol. Tal era la vida y la distracción de aquel monarca durante su residencia en Madrid.

La guarnición de oficiales seguía sus estaciones, visitando los comedores del príncipe de Asturias y de sus hermanos los infantes Don Carlos y Don Francisco de Paula. En seguida se pasaba al comedor del infante Don Antonio, y por último, al de la infanta Doña María Josefa. Pasemos desde aquel regio alcázar al convento de Doña María de Aragon, en cuya parte del Norte, donde hoy está el ministerio y demás dependencias de la Marina, vivía el príncipe de la Paz, generalísimo de los ejércitos de mar y tierra.

En aquella residencia, decorada con un gusto y una suntuosidad oriental, habia corte todos los domingos á las dos de la tarde. Era un verdadero *raout*, pues el que no acudía á tomar un puesto temprano, tomaba puesto en las antenas y muchas veces en las escaleras.

Aquella era una concurrencia de las mas originales que se pueden describir, porque en ella se veían confundidas todas las clases: los generales de ejército y marina dándose la mano con los generales de las diferentes fundaciones religiosas, y los altos dignatarios de la corte, los ministros de los diferentes tribunales superiores, mezclados con los cómicos, con las señoras de alto rango, con las de la clase media y con las mujeres mas despreciables. El favorito salía de su gabinete rodeado de un séquito numeroso de todas las clases del Estado, que formaban su tertulia particular y diaria, entre los cuales se hallaban los primeros poetas y lite-

ratos. El protagonista descollaba por su elevada talla, su figura recomendable y sus maneras simpáticas, que acreditaba con frases escogidas, procurando generalizar sus demostraciones de afecto á cuantos divisaba, deteniéndose particularmente con sus favoritos y favoritas, cuyo número no era limitado en la época en que nosotros conocimos aquellas reuniones, es decir, desde el año de 1802 hasta el de 1807.

Y si no fuese ajeno á nuestro propósito describir escenas pueriles y anécdotas de un interés variado, bien pudieran rivalizar con las que nos han suministrado los fecundos escritores de la Francia, al revelarnos en sus memorias las escenas poco decorosas que se representaron en el palacio de las Tullerías durante los reinados de Luis XIV y Luis XV. Aquellas orgías prepararon la revolución que llevó al cadalso á dos reyes buenos é infortunados. La conducta estúpida y escandalosa de un valido ignorante provocó la revolución de Aranjuez, la forzada abdicación de Carlos IV y el destronamiento de la casa de Borbon en nuestra patria, cuyas consecuencias aun no hemos acabado de llorar.

Terminaré esta revista, que contra mi voluntad es de la estación, porque se parece á las monótonas tardes de otoño, refiriendo la siguiente anécdota:

Dos funcionarios públicos disputaban en cierta ocasión con tanto calor y tanto fuego, que llegaron hasta el punto de faltarle al respeto. Entonces uno de ellos se dirigió á su contrario diciendo:

— Por eso me tiene Vd. que dar una satisfacción.
— ¿Una satisfacción?... ¡Ah! no, señor.
— ¿Es preciso? repuso furioso el primero.
— No, amigo mio, no: lo que Vd. quiera menos eso, porque *satisfacciones* son cosas para mí desconocidas: nunca las tuve.

El ofendido se quedó suspenso y contestó:
— ¡Es Vd. un desgraciado!
— Tiene Vd. razón.

Con tal de que no digan lo mismo de esta revista mis lectoras, se dará por contento,

JUAN DE MADRID.

Madrid 31 de agosto de 1863.

Las especulaciones.

Hay aquí una clase de capitalistas muy numerosa que vive en medio de las entrañas de la abundancia, que en todas partes aparece, que en todas partes brilla y en todas partes triunfa.

Se compone esta clase de una serie de hombres, y aun puede añadirse de una serie de familias, que viven en las mejores casas, comen en las mejores fondas, se visten en las mejores tiendas, pasean en los mejores coches, frecuentan los mejores círculos.

No les falta nunca un palco en la Opera, y les sobra casi siempre en la Zarzuela: parece que marchan delante de la presente civilización, pues no hay espectáculo ni escándalo ni diversión pública donde no aparezcan los primeros.

Con la misma afición asisten á las carreras de caballos que á las corridas de toros.

Cada uno de estos afortunados mortales posee un capital que les proporciona una renta vitalicia de veinte y cuatro horas diarias.

Filosóficamente considerados se ve que no tienen razón de ser; pero cada uno de ellos ha cuidado de buscarse un pretexto que es como un título que les da derecho á vivir.

Nacer es un hecho que el hombre necesita justificar despues para que no resulte absurdo.

En la naturaleza todo es útil, todo es necesario, y en la sociedad serian estos hombres unos seres superfluos si no hubieran tenido el cuidado de hacerse su cásilla en las largas clasificaciones de la especie humana.

Son unos seres que vivirían aparte si no se comunicaran con la sociedad, por las puertas de los salones unos, por las puertas de los casinos otros, por las puertas de los cafés todos.

El juego es en ciertos hombres una pasión, en otros es un oficio, en otros es simplemente un pretexto: en la necesidad de ser algo son jugadores.

Lo que ellos sacan del juego está completamente fuera de los azares de la suerte.

El objeto único del dinero de nuestros días es la especulación, y por un contrasentido que no es del caso explicar ahora, hemos legado á unos tiempos en que se cree mas en la fortuna que en el trabajo.

Suponed que sois un hombre honrado y que se os ocurre una idea mercantil, un pensamiento industrial, que teneis, en fin, un proyecto que animado con el ingrediente de un poco de dinero y el calor de vuestro trabajo, puede llegar á ser mas tarde ó mas temprano una industria, próspera, útil y honrada.

De las tres cosas que se necesitan para toda empresa teneis dos, el proyecto y el trabajo: os falta el dinero.

Sin dinero no se hace nada; ni siquiera se puede respirar sin dinero. Las palabras que vulgarmente se aplican á las cosas suelen tener un gran sentido. ¿Qué decimos del hombre que no tiene una peseta? decimos sencillamente que está ahogado, es decir, que no puede respirar.

No teneis dinero y lo buscáis.
Buscar es una cosa muy fácil que tropieza siempre con una cosa muy difícil; buscáis y no encontráis.
Vuestro proyecto, vuestro trabajo y vuestra honradez

no son garantías: todas las cajas se cruzan de brazos, todos los bolsillos se encogen de hombros, todas las puertas se os cierran.

No os queda mas recurso que dar de balde vuestro proyecto y alquilar vuestro trabajo.

Pues no teneis ni proyecto, ni honradez, ni amor al trabajo: sois simplemente un hombre mas ó menos jugador, mas ó menos espadachin, mas ó menos buen mozo.

Es decir, que sois tres veces jugador: jugáis á los naipes, á las armas y á las mujeres.

Una sota puede haceros rico; una estocada puede haceros temible; una mujer puede haceros hombre.

A los ojos de cualquier capitalista sois el germen de un futuro personaje, sois lo que se llama un joven de porvenir.

No hay dinero que se esconda ante la triple brillantez de esas tres perspectivas.

Vuestra fortuna en cualquiera de esos tres juegos es una sólida garantía.

Parece mentira: la suerte inspira al dinero mas confianza que la honradez y que el trabajo.

Respetemos los secretos íntimos de la fortuna, cada millonario sabrá cómo ha llegado á serlo, y nadie mejor que un capitalista puede conocer y distinguir á los hombres que han de llegar á ser ricos.

Nadie mejor que el dinero puede conocer los caminos por donde viene el dinero.

Encontráis pues dinero.
Con una renta vitalicia de veinte y cuatro horas viven en Madrid muchas gentes en medio del fausto y la opulencia.

El dinero se hereda, ó se gana, ó se estafa; estos hombres ni lo heredan ni lo ganan, y sin embargo lo gastan.

Leed el código penal con detenimiento, estudiadlo con paciencia, y vereis que los delitos que se castigan son aquellos que no han sabido hacerse.

Hé aquí un absurdo:
En todo criminal castigado por la ley hay algo de inocente.

En estos tiempos de suprema sabiduría el secreto de todas las cosas está en saberlas hacer.

¿Cuántas veces no hemos visto cruzarse de brazos á los tribunales, encogerse de hombros á los jueces, bajar la cabeza á las leyes delante de delincuentes que han sabido serlo!

El código va detrás del crimen, como la Academia española va detrás de la lengua.

Los criminales estudian mucho mas que los criminalistas.

La estafa es el robo culto, el robo ilustrado, el despojo pacífico y legal; es una especie de derecho oscuro todavía, que unos cuantos tienen al dinero de los demás.

La civilización moderna no reconoce clases privilegiadas, y el criminal se ha civilizado como el resto de los hombres: antes era ignorante y grosero, ahora es un criminal culto, fino, hasta elegante.

Ha aguzado su entendimiento, se ha ilustrado hasta el punto de poderse apropiarse lo ajeno de una manera lícita.

Uno de estos hombres se paseaba un día por la acera de una calle, tropezó un conocido y le preguntó:

— ¿Qué hace Vd. aquí?
— Aquí estoy, le contestó, con el trabuco en la mano.

En efecto, poco despues pasó la víctima, y tuvo que soltar el bolsillo.

Muchas veces se necesita menos valor para resistirse á la boca de una pistola, que á la boca de un hombre que sabe pedir.

Otro de estos seres quiso realizar su fortuna imponiendo su capital en el banco de una mujer rica.

Este banco tenia padre, al cual era preciso pedirle la mano de su hija, única condicion que ella impuso.

El hombre acostumbrado á pedir dinero no tiene inconveniente en pedir la mano de cualquiera.

Advertido el padre de antemano, oyó la petición y le dijo:

— ¿A cuánto próximamente ascenderán sus rentas, de usted?

— Yo, le contestó, salgo todos los días por quinientos reales.

— No me conviene, replicó el padre con mucha formalidad, porque el día que Vd. no pueda salir se queda sin renta.

Otro habia agotado ya todos los recursos, todas las estafas lícitas, y estaba á punto de quebrar.

— ¿Cómo piensas salir de esta situación? le dijo un amigo suyo.

— Casandome, le contestó.

— ¿Con quién?

— Con Fulana.

— Es muy rica, pero es muy fea.

— Tanto mejor, tendré dinero y no tendré mujer.

Otro poseía unas cartas algo indiscretas de una mujer, y en un apuro se las vendió á la misma de quien las habia recibido, y mostrando un monton de oro á un amigo suyo, le decía: Todo este dinero le tenia en papel.

Otro se encontraba casi á las puertas de la cárcel; eran las únicas puertas que veía abiertas.

Estos hombres suelen tener familia y este tenia una prima, que á mas de prima era rica: preténderla era inútil ó largo, deshonrarla era mas fácil y mas breve, y el hombre se hizo pagar á peso de oro el daño que habia hecho.

La sedujo para que tuviera que comprarlo.
Los piés se hundían sobre este lodo y no quiero pasar adelante.

El código penal se detiene aquí como uno se detiene delante de la puerta que no es la de su casa.

Yo pregunto :

¿No se averigua el capital que tiene en movimiento la industria?

¿No se mide á palmos las tierras de los propietarios?

¿Cómo no se indaga de qué capital, de qué propiedad, de qué industria, de qué trabajo sacan esas gentes las rentas que diariamente derrochan?

Para imponer una contribucion se puede registrar hasta el último rincón del bolsillo del ciudadano, y para imponerle respeto á la sociedad, ¿no podrá preguntarse á esos hombres de qué viven?

JOSE SELGAS.

Sucesos de Polonia.

El autor de los dibujos que publicamos en esta página, escribe con fecha 16 de agosto en Varsovia :

Hé aquí los retratos de tres de nuestros principales jefes que se han distinguido en varias de las últimas acciones. Faustino Grelinski, que manda en el palatinado de Sandomir, nació en el



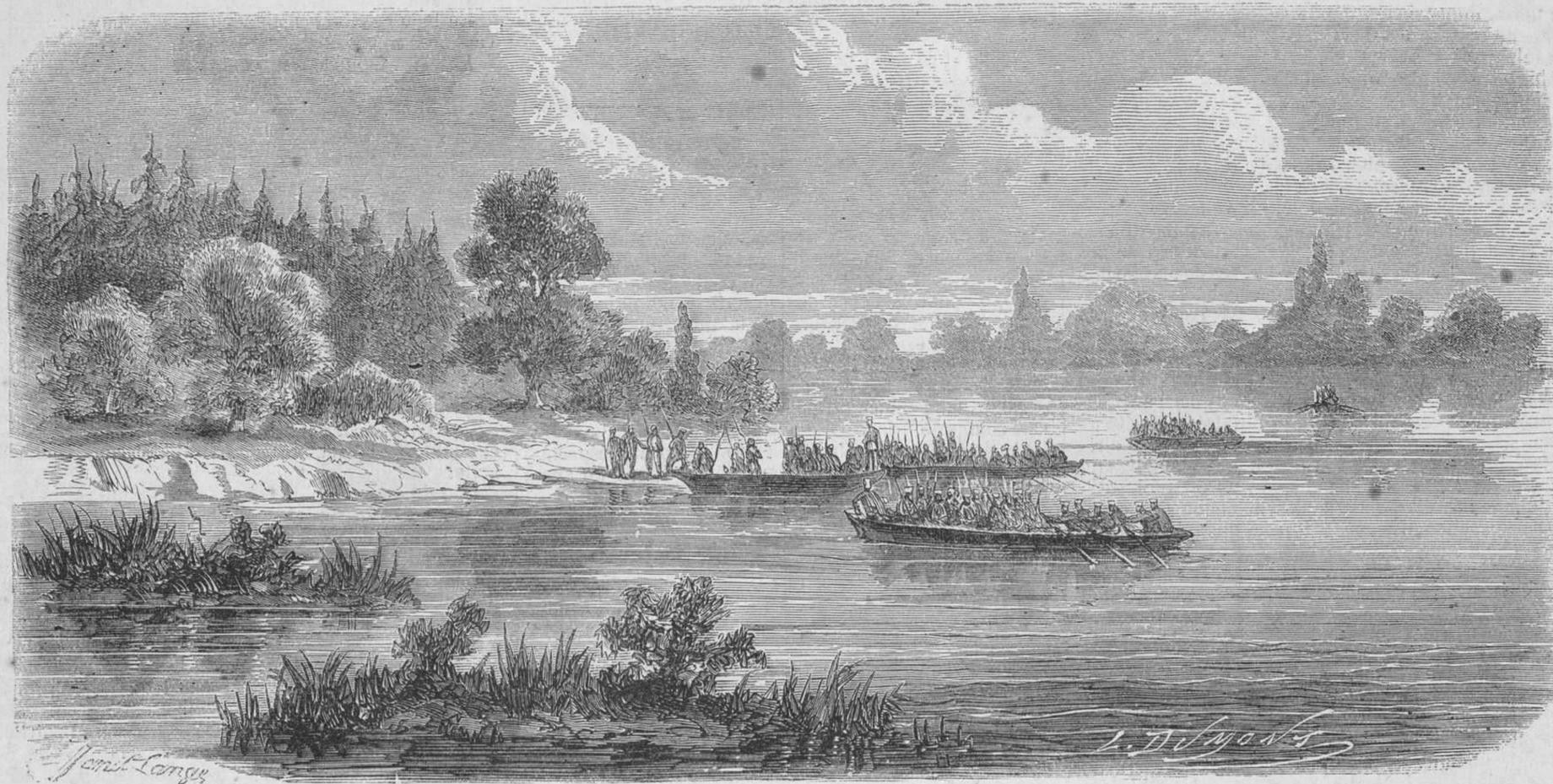
SUCESOS DE POLONIA. — Faustino Grelinski, comandante del palatinado de Sandomir, y su estado mayor.

Kalisch en 1834, y ha hecho sus estudios en Varsovia. Después de haberlos terminado sirvió en Turquía en 1855, como oficial de la legión polaca hasta el fin de la guerra de Crimea. Concluida esta guerra, pasó á Paris y entró en la escuela de puentes y calzadas, donde permaneció hasta 1859. Entonces tomó parte en la guerra de Italia, que hizo en calidad de oficial de caballería.

Capitan de estado mayor de Langiewicz desde el principio de la insurreccion polaca, fué encargado de reorganizar la lucha en el palatinado de Sandomir, y recibió el mando en jefe de las fuerzas polacas en ese distrito. Grelinski ha dado numerosos combates á las tropas rusas, y en todos ellos ha salido vencedor. Sabe comunicar á sus soldados una parte de su intrepidez y convicción en el triunfo de la santa causa á la que ha consagrado su vida.

Edmundo Callier, cuyo nombre se ha hecho tan famoso últimamente, ha nacido en el gran ducado de Posen el 2 de octubre de 1833. Su abuelo que habia venido de Francia con Napoleon I, se quedó en Polonia y entró mas tarde al servicio de la Prusia.

A la edad de quince años, en 1848, Edmundo Callier salió del



Voluntarios polacos pasando el San con direccion á Janow.



Edmundo Callier, teniente coronel.

colegio en donde estaba aun, para ir á servir al Schleswig-Holstein contra la Dinamarca. De vuelta en Prusia entró en la administracion; pero en 1850 pasó á Francia, hizo la guerra de Crimea, y llegó á ser oficial. Desde el principio de la insurreccion polaca acudió al teatro de la lucha, fué gravemente herido en el sangriento combate de Olziewo el 22 de marzo, y una vez restablecido, el gobierno nacional de Varsovia le elevó al grado de teniente coronel.

Callier manda todos los distritos sublevados contiguos á la Prusia, y ha dado ya en esta comarca muchos combates con buen éxito.

Ivan Amic es francés, y ha hecho la guerra de Italia con el 3º de zuavos. Manda el cuerpo de los zuavos polacos. W. S.

Terremoto de Manila.

El correo de Filipinas del mes último nos ha traído la terrible noticia de un terremoto ocurrido en Manila el día 3 de junio próximo pasado, sobre el cual seria pálido todo lo que pudiéramos decir al lado de la triste realidad que se desprende de los pormenores de la horrosa catastrofe publicados por el periódico filipi-



Ivan Amic, comandante de los zuavos polacos.



Vista general de Manila.

no, y que tenemos á la vista. El número de las víctimas es considerable y las pérdidas son inmensas; pues según noticias posteriores, la capital de aquellas islas se halla casi destruida. Pero dejemos hablar al *Diario de Manila*, que viene orlado de negro en señal de duelo:

voces y ruido que helaba la sangre en las venas del mas sereno y valeroso, entre los pocos que desde bahia ó los buques fondeados en el rio pudieron mirar la inmensa

A la angustia del primer momento sucedió un terror pánico general, porque todos buscaban un lugar de refugio y salvacion ó á sus parientes, y despues, el dolor y abatimiento naturales al ver la imposibilidad de prestar socorro á tantos infelices sepultados en ruinas. Media hora despues, ya las autoridades estaban dictando las providencias urgentes que el conflicto demandaba, y poco mas tarde se veía á las tropas de la guarnicion, siempre el mas activo auxiliar del vecindario en caso de calamidad pública, dirigidas por jefes de ingenieros, sus oficiales y autoridades locales, trabajar con ardor en la salvacion de muchos desgraciados.

Bajo la impresion dolorosa que nos agobia, es muy difícil coordinar ideas con la tranquilidad de espíritu necesaria para la relacion de los efectos del terremoto con que la Divina Providencia ha querido recordarnos nuestra pequeñez y castigar nuestras culpas en la noche del miércoles: intentaremos, siquiera en desaliñados apuntes, comunicar á los lectores lo que hemos presenciado y ha llegado á nuestra noticia con referencia á esta espantosa catástrofe.

Eran las siete y veinte y cinco minutos de la noche, hora y momento señalado en la mayor parte de los relojes que se pararon por efecto de la conmocion, cuando se sintió un fuerte movimiento de trepidacion, seguido de dos ó tres vaivenes espantosos de Sur á Norte y otros dos ó tres en otra direccion, ó circulares como aseguran muchas personas; un rugido fuerte y prolongado subterráneo acompañó entonces al indescriptible y pavoroso del desplome de muchos edificios, alarido de las víctimas, choque y caída de muebles, carreras, gritos de angustia, sonido espontáneo y lúgubre de las campanas en las torres; en fin, una confusion de

llamarada (tal dicen parecia) que envolvió á toda esta capital en los momentos del terremoto, que duró medio minuto próximamente.

muy fácil contar el número de casas habitables, porque lo general es la necesidad de demoler la mayor parte para seguridad de los transeuntes, como lo comprueba



Iglesia y torre de Binondo.

La historia de Filipinas, en lo que es conocida, ó sea desde la reduccion, no menciona un desastre igual al ocurrido en la noche del dia 3. Para encontrar algo semejante, hay que remontarse á dos siglos atrás, un dia de Santa Potenciana, en que se aruinó parte de la ciudad. No hay noticia de las desgracias personales ocurridas entonces para comparar su número con las que ahora lamentamos, pero si un dato para apreciar las pérdidas en la riqueza inmueble, porque quedó entonces reducido el capital de las obras pias, empleado en aquella, á una tercera parte. Hoy no sabemos lo que quedará de él: solo podemos decir que es



Canal en Binondo.



Casas de nipa en Manila.

la órden del señor corregidor para que no transiten carruajes por la mayor parte de las calles.

Veamos de relatar los pormenores que son hoy conocidos.

Descuella en primer lugar el terrible drama que ha tenido por teatro nuestro primer templo, la catedral. Se estaba, en el momento del desastre, en el oficio de visperas solemnes, correspondientes á la gran fiesta religiosa del Corpus. Al movimiento de oscilacion siguió instantáneamente el desplome de parte de la techumbre, completándose la ruina con el movimiento último y en sentido contrario, pues no solo el resto de la cubierta, sino muchos pilares y el coronamiento del frontispicio se vinieron abajo. Los señores capitulares, los capellanes y cantores se vieron envueltos en las ruinas pereciendo, se supone en aquel momento, todos los que estaban al lado de la epístola; pero los del otro lado, en su mayor parte, se encontraron en un hueco que con la pared del coro hicieron los grandes maderos de la techumbre que allí cayeron. En aquellos instantes de angustia, ciegos y casi asfixiados por el polvo de cal que oscurecía todo, se hablaron, se dirigieron mutuamente palabras de santa resignacion. Uno de ellos pudo ver una claridad por entre las ruinas y se dirigió á ella, pasando con el mayor trabajo; le siguieron otros, y pasados tres ó cuatro, se desprendió ó fraccionó la mole ó armazon que habia formado el hueco y se interceptó el paso, sufriendo los que quedaron con vida la mas atroz agonía hasta las cuatro de la madrugada, á cuya hora cesaron los lamentos que oían las personas que trabajaban en la separacion de escombros para la salvacion de los que estaban allí sepultados.

Serian las nueve de la mañana del juéves cuando pudo ser extraido el primer cadáver de aquellos, hallados todos en un grupo y en dicha cavidad interceptada por el asiento de las ruinas; por la noche aun faltaban por extraer varios; y de los últimos han sido los cadáveres de los señores Pelaez y Ponce de Leon que con los procedentes de varios sitios, cerraron en la noche de anteayer la cifra de ochenta y cinco inhumaciones en el cementerio de Paco, pues las de los otros cementerios son para nosotros desconocidas.

Hé aquí las personas que se salvaron pasando por entre ruinas, despues del hundimiento de la catedral:

Señores Fernandez, doctoral; — Gaston, penitenciario; — García, racionero; — Labiaron, idem; — Padilla, idem; — Calderon, idem; — algunos capellanes y cantores.

Las personas tambien capitulares y de coro que quedaron allí sepultadas, son las siguientes:

Señores Rojas, dignidad maestrescuela; — Pelaez, idem tesorero; — Valenzuela, magistral; — Revilla, prebendado; — Ponce de Leon, racionero; — Lizola, idem; — Antonio (don Feliciano), idem; — los sochantres Dandan y Prado, siete tiples y tres tenores.

No hay seguridad aun sobre la suerte de otros sirvientes de la iglesia, pues se ignora su paradero.

De las pocas personas extrañas al servicio del divino culto que habia en la iglesia á aquella hora, unas pudieron salir en el primer momento; dos, que son los señores Ginard (médico), y Soria (capitan de infanteria), que se guarecieron en una pequeña capilla lateral, pudieron salir despues por sobre las ruinas, que formaban una mole casi tan alta como las paredes del templo: se teme que haya otras desconocidas bajo aquel hacinaamiento de materiales, tan difícil de despejar.

Es conmovedora la relacion que hacen de estos hechos los pocos que los han presenciado. Lo termina uno que parece increíble: despues de extraidos varios cadáveres de las ruinas, separando unas piedras, asomó por otro boquete un niño de coro, indio, y una vez fuera, echó á correr á su casa como si nada hubiera pasado, y con asombro de los que trabajaban que no lo pudieron seguir.

El palacio de la primera autoridad sufrió tambien varios hundimientos de su techumbre y todas las paredes han perdido su linea de aplomo. No solo ha quedado inhabitable, sino que se hace urgente su completa demolicion para evitar mayores daños. El Excmo. señor capitan general estaba fuera, y tanto la señora como las demás personas de la familia, tuvieron que salir del edificio por entre escombros y auxiliadas por los alabarderos.

La iglesia de Santa Isabel, techo y muros han venido á tierra completamente: el colegio contiguo se ha resentido poco. Se dice que bajo el gran monton de escombros que ha formado la caída de aquellos muros, se hallan un caballero y dos señoras que pasaban en aquel momento. Como muchos vecinos de Manila se han refugiado en el caserío de nipa de los pueblos inmediatos, no se puede saber si es ó no cierta esa desgracia, hasta que se pueda despejar aquel sitio.

En Santo Domingo es completo el desastre. El bello frontispicio del templo se está desplomando; ha caído una torre y la otra está inclinada y desprendiéndose; la iglesia tambien se ha desplomado por completo matando á un religioso é hiriendo á un donado. La mayor parte del convento se halla en estado ruinoso.

El hospital militar es asimismo un monton de escombros, habiendo cogido estos al caer muchos enfermos, de los cuales han muerto algunos. Lo único que ha quedado en pié es el oratorio y una pieza inmediata de las hermanas de la Caridad. El cuadro que presentaba la plaza de palacio, donde se hallaban á las nueve de la noche estas y la mayor parte de los enfermos, era lo mas doloroso.

En los conventos é iglesias de San Francisco, San Juan de Dios y Recoletos han ocurrido varios hundi-

mientos parciales, quedando inútiles para el culto las tres iglesias.

El colegio de San José, y los beaterios de Santa Catalina y Santa Rosa han tenido que ser desocupados inmediatamente porque se están cayendo. En el primero hubo un catedrático y cuatro colegiales heridos por hundimientos parciales.

La torre y frontispicio de la casa municipal y la magnífica casa del Tribunal de comercio están amenazando desplomarse hácia el frente.

Los edificios en que estaban la real audiencia, intendencia, consejo de administracion y aduana, y los demás establecimientos públicos, ó están hundidos en parte ó ruinosos. Solo conocemos dos, intramuros, que han quedado servibles, que son el nuevo parque ó maestranza de ingenieros y el cuartel que se halla inmediato á Puerta-Real.

En cuanto á los edificios particulares, seria fácil contar los que han quedado habitables ó en estado regular: la mayor parte necesita grandes reparaciones, y muchos deben ser demolidos para seguridad general. Por esta razon están abandonados por los inquilinos, que se hallan esparcidos por la Ermita, Paco, la Concepcion y otros puntos donde abunda el caserío de nipa.

De los muchos templos que habia intramuros, solo puede celebrarse el culto, segun buenos informes, en el de San Agustin. Tambien parece que la capilla parroquial, titulada del Sagrario y contigua á la catedral, se halla en estado que permite continuar el culto.

En los arrabales ha sido mas terrible en sus efectos, si cabe, el terremoto, que dentro de murallas. Por lo menos, allí han padecido mucho mas los edificios particulares, con infinitas desgracias.

De Binondo, se ha caído la famosa torre y parte del templo; se han desplomado completamente las techumbres de muchas casas particulares, y en el mercado llamado de Divisoria, se cayó toda la parte superior sobre el sitio de pescadería sepultando cuarenta ó mas personas, por la sensible circunstancia de que la hora del terremoto es en la que ordinariamente acostumbra la poblacion indígena surtirse de aquel articulo de abastos. Entre los cadáveres extraidos del mercado dicho y los procedentes de casas particulares, llega el número sabido de las víctimas del terremoto en Binondo á 145 y además 39 heridos, entre estos muy gravemente el señor Trassierra, auditor de la capitania general, que se cayó con un corredor donde estaba, á la calle.

En Santa Cruz se halla ruinoso la iglesia y parte de la cárcel general; se han hundido muchas casas, entre ellas, la nueva del señor Velasco y los magníficos almacenes del señor Inchausti en la llamada isla del Romero. Los muertos en Santa Cruz eran en la mañana de ayer 35 y 22 los heridos.

Quiapo ha sufrido mucho tambien en sus edificios, siendo muy pocos los que quedan habitables. La iglesia parroquial, como la de Santa Cruz, ha quedado inhábil para el culto. Las víctimas del terremoto en este arrabal, segun relacion hecha anteayer, ascienden á 23 muertos y dos heridos.

En Tondo se han desplomado casi todas las casas llamadas Posesiones, sepultando á 23 individuos de ambos sexos.

San Miguel es el arrabal que menos ha sufrido, en cuanto á desgracias personales: solo se cuentan diez chinos heridos.

Las sumas totales de muertos y heridos, segun partes de la mañana de ayer, son 235 de los primeros y 85 de los segundos; pero como anteayer se estaban recogiendo algunos, y otros se hallan aun bajo las ruinas, no podrá darse número cierto hasta dentro de algunos dias.

De los edificios del Estado, puede asegurarse que solo hay de pié, y pueden continuar destinados á su objeto, los dos cuarteles de Malate, y los dos citados antes, que son el Parque de ingenieros y el cuartel inmediato á Puerta-Real.

En el Fortin hubo numerosas desgracias, pues al hundirse la techumbre estaba la tropa dentro, que ahora está acampada. Ayer se sacaban aun cadáveres de entre los escombros. En el de Misic han perecido dos hombres y cuarenta caballos. En el del Carenero son muchas tambien las víctimas; pero su número es desconocido: solo se sabe que faltan muchos soldados.

Los edificios civiles no han salido mejor librados. Si un aguacero fuerte cae en estos dias, llegará á destruir objetos preciosos é irremplazables, como los archivos, y grandes cantidades de efectos de estanco y del comercio.

Las pérdidas son incalculables, y solo podemos decir que tal vez no llegue á una tercera parte de su valor anterior al terremoto, la propiedad inmueble pública y privada que hoy queda en Manila y sus populosos arrabales. Es una catástrofe cuya huella alcanzarán aun nuestros nietos.

En los pueblos inmediatos ha habido tambien pérdidas y desgracias. En Cavite se hundió un cuartel, la torre del telégrafo y se cuartearon las paredes de casi todos los edificios. Se dice que en el terreno ha habido grietas apareciendo agua. Esto ha sucedido tambien en varios puntos inmediatos á la capital.

En Pasig, Tambobo, Navotas y otros pueblos de que hay noticias, tambien se han venido á tierra ó quedado inhabitables los edificios de mampostería. Parte de la torre del santuario de Antipolo se ha desplomado.

Sobre todos estos hechos y noticias, tal vez tengamos que hacer algunas rectificaciones á medida que vengan á nuestro poder datos mas detenidos; pero desde luego tenemos el sentimiento de asegurar que esas rectifica-

ciones no serán consoladoras, pues hemos procurado admitir solo noticias de buen origen.

El cuadro que presenta Manila, es un cuadro aterrador: donde no se ve un monton de escombros que se cree sepultura de algunos desgraciados, se ven paredes que amenazan caer de un momento á otro; á ciertas horas es mucho menos que antes el paso de gentes, y todas estas contristadas, llevan escrito en sus semblantes el dolor y el miedo á nuevas desgracias.

Mucha actividad, mucha abnegacion han desplegado todas las autoridades; pero carecen de elementos en el número y cantidad que se necesitan. En Manila no hay que pensar por muchos meses en otra cosa que en la demolicion de los edificios que amenazan ruina y en desembarazar de escombros las vias públicas. Esto solo ocupará á miles de trabajadores, y estos trabajadores escasean: lo malo es que los cadáveres existentes bajo aquellas ruinas amenazan á la capital con una infección de tristes consecuencias. Así pues, vengan hombres y á cualquiera condicion hasta despejar calles y solares de ruinas, y principalmente de las que cubren víctimas del terremoto.

Terminamos por hoy esta relacion, quedando en aumentarla con nuevos y mas completos detalles, porque nos hemos propuesto decir toda la verdad.

El *Diario de Manila*, al concluir este horrible relato, pide al gobierno preste sus auxilios á aquella poblacion desolada, y toda la prensa española ha repetido el voto del periódico filipino. Con efecto, inmediatamente se celebró en Madrid un consejo de ministros para ocuparse en buscar recursos con que atender á las inmensas pérdidas sufridas y que un corresponsal calcula en veinte millones de duros. S. M. la reina ha dado la suma de 25,000 duros, y la *Gaceta* ha publicado un decreto que contiene las siguientes disposiciones:

1º Se concede al capitan general de Filipinas un crédito extraordinario por la suma que la misma autoridad, oyendo al consejo de administracion, fijare, dentro del máximo por ahora de dos millones de pesos, con destino al remedio de las pérdidas de naturaleza privada, y á la reconstruccion y reparacion de los edificios públicos.

2º El gobernador capitan general fijará la porcion de aquella suma que ha de destinarse á los que por razon de la expresada catástrofe hayan venido á estado de pobreza, y la parte que se ha de facilitar en calidad de préstamo á los que por la misma causa se hallen en la imposibilidad de continuar ejerciendo su industria, arte ó profesion, y no hayan quedado con medios suficientes de subsistencia.

3º El mismo gobernador capitan general propondrá las recompensas á que se hayan hecho acreedores los que hubiesen prestado servicios especiales.

4º Se abrirá una suscripcion en la península y en cada una de las provincias de ultramar para acudir al alivio de los necesitados.

Las últimas noticias de Madrid dicen que las sumas depositadas en el Banco de España hasta el 5 de setiembre, para socorrer á las víctimas del terremoto de Manila, se elevan á la cifra de 11.119,813 reales.

R. S.

Revista de Paris.

Apenas hace quince dias que ha principiado la época legal de la caza y ya los accidentes se cuentan por centenares. Es verdad que nunca como este año se ha advertido una aficion tan decidida por esa diversion que parecia reservada hasta ahora al mundo aristocrático. La víspera del día de la apertura, las estaciones de los ferro-carriles se vieron inundadas de cazadores, con el traje de rigor, chaqueta y pantalón de terciopelo, polainas de cuero hasta las rodillas, sombrero abarquillado y zurrón de red para encerrar las víctimas de sus hazañas. Vemos pues, que la aficion se generaliza, como sucede con el gusto por los viajes, por las residencias campestres en el verano, y por todo lo demás que ha constituido hasta aquí el carácter de la vida elegante. Este furor del lujo va tomando en nuestros dias grandes proporciones, porque el afán de brillar penetra mas y mas en todas las clases. Sabido es que el arte del vestir en las señoras ha adquirido un desarrollo ruinoso. Nadie es citado actualmente con admiracion sino aquel que luce y que gasta. En Paris hay personajes, como el duque de Brunswick, que solo en el surtido de látigos y bastones tiene empleado un capital de diez mil francos. Tres grandes salones, dice el *Sport*, no bastarian para contener los vestidos de la duquesa de Buttera. Muchas señoras de la alta sociedad parisiense poseen una coleccion de joyas tasada en dos millones. El conde y el vizconde Aguado tienen en sus caballerizas sesenta caballos y treinta coches. Y esto no es nada aun; pues donde el lujo se manifiesta con mas brillo es en el precio que se consagra al alquiler de la casa, en el carácter de las habitaciones, y sobre todo en sus adornos. Hoy son muy comunes en Paris los alquileres de treinta y cuarenta mil francos anuales. M. Pontalba ha gastado nada mas que en el dorado de uno de sus salones la cantidad de cien mil francos. Por último, en casa del duque de Luyne hay un capital muerto de cinco á seis millones en objetos de arte, cuadros y muebles.

Estas vanidades alcanzan, como llevamos dicho, á todas las clases de la sociedad; pero desgraciadamente, como no en todas ellas abundan los recursos para satisfacerlas, se suele recurrir á medios mas ó menos reprobados. Hé aquí un expediente que

para consuelo de la moral pública desearíamos fuese el único en su género.

En una de las primeras tiendas de novedades de París habían echado de ver hace algunos meses que se cometían repetidos robos en la sección de los encajes, y que justamente nunca recaían sino sobre piezas de mucho valor. Por más que vigilaban y buscaban nada podían descubrir, cuando un dependiente más listo que los otros pidió permiso a su principal para ocultarse debajo del mostrador, prometiéndose averiguar el secreto de aquellas sustracciones. Concedida esta licencia, el vigilante se puso en observación.

Pasaron uno, dos y tres días sin incidente alguno, y ya comenzaron a creer que el ladrón era una de las personas de la casa y conocía el lazo, cuando una mañana entró una joven muy elegante en la tienda para hacer algunas compras.

Ahora bien, esta joven que pertenece a una familia honrada y cuyo marido ocupa una posición social muy distinguida, era una de las principales parroquianas de aquella casa, donde la conocían perfectamente.

Pidió que la sacaran piezas de encaje, mas apenas había empezado a examinarlas, el dependiente saliendo de su escondite dijo en voz baja algunas palabras a uno de sus compañeros.

Entre tanto la joven había elegido y hecho su compra, y pasó al mostrador para pagar lo que había tomado; pero entonces el dueño del establecimiento acercándose a ella la dijo que tuviera a bien seguirle a su gabinete.

— ¿Y para qué? exclamó la joven con altanería.

— Para oír dos palabras.

— ¡Dos palabras! ¿Qué puede Vd. tener que decirme a mí?

— Una cosa que sin duda la disgustaría a Vd. oír delante de la gente, repuso el comerciante ofendido con la insolencia de la dama.

— Todo esto pasa de raya; yo no tengo nada que oír de usted en particular, repuso la joven tratando de alcanzar la puerta.

Pero el tendero la detuvo con resolución y la dijo:

— Si no quiere Vd. seguirme, voy a llamar a los agentes municipales.

— Aquí me tiene Vd.; veamos qué se le ocurre, exclamó la compradora cuando estuvo en el gabinete del comerciante.

— Se me ocurre registrar a Vd. el bolsillo de su paletó...

— ¡Qué audacia! Vd. me insulta; cuidado no se arrepienta usted... mi familia...

— Su familia de Vd. es honrada, lo sé muy bien, interrumpió con tristeza el tendero, y por eso ando con tantas contemplaciones... no hagamos ruido pues, y devuélvame lo que ha ocultado en sus bolsillos.

La desdichada viéndose perdida se dejó caer sobre un asiento en un acceso de la más violenta desesperación, y luego confesó su culpa. Lo que la daba su marido no era bastante para satisfacer sus gustos de elegancia y había apelado al robo.

En suma, devolvió la pieza de encaje que con efecto se había guardado en el bolsillo en tanto que mandaba sacar otras; y prometió ajustar la cuenta de lo que había tomado para ir pagando poco a poco.

Ahí vemos a qué extremidad había conducido el amor al lujo a una señora que podía invocar en su favor los antecedentes más honrosos. Pero es preciso brillar, oscurecer a las rivales, ser proclamada reina de la moda, y ante tan risueña perspectiva se cede a muchas tentaciones.

¡Reina de la moda! Vamos a ver con la siguiente historietita en lo que viene a parar a veces el codiciado cetro de estas soberanas.

Hace algún tiempo el portero del célebre pintor M. Ingres se presentó a decirle que una mujer vieja y cubierta de harapos se empeñaba en verle, pero que él la despedía cada mañana, bien convencido de que era una pordiosera.

— Si vuelve la dejará Vd. entrar, dijo el ilustre artista.

Efectivamente, en la otra mañana una mano tímida llamaba a la puerta del estudio de M. Ingres, y el decano de la pintura francesa se hallaba en presencia de un montón de harapos.

— ¿No me reconoce Vd.? exclamó la mujer con voz cascada.

— No, señora, respondió M. Ingres al cabo de un detenido examen.

— Es muy natural; he cambiado mucho desde el tiempo en que hizo Vd. mi retrato.

— ¿He hecho yo su retrato de usted?

— Sí, señor.

— ¿Y cuándo?

— En una época en que yo era joven y hermosa y me adoraba todo París. Ya ve Vd. que no hablo de ayer.

— Pero en fin, ¿qué año?

— Era en 1806.

— ¡En 1806! repitió M. Ingres. ¿Cómo! ¿Será usted?...

— Soy la que llamaban entonces la «hermosa Celia.» He comido en vajilla de oro con mi cifra, y ahora no tengo un hueso que roer en mi tosco plato. Vinieron los años, y con ellos la miseria. De todas mis riquezas malgastadas, solo me queda mi retrato que encargó a Vd. el marqués de...

Y nombró un diplomático italiano que figuró mucho en la corte de Napoleón I.

— Cómpreme Vd. mi retrato, repuso la anciana; se lo daré a Vd. por lo que Vd. quiera, pero haga Vd. que no me muera de hambre, pues a tal extremo me veo reducida. Dios que me oye y ve lo que padezco, sabe que digo la verdad.

Conmovido de lástima, M. Ingres dió en el acto un socorro a la ex-reina de la moda, diciéndola que le enviara su retrato.

Este lienzo, añade M. A. Second, que nos ha dado a conocer esta anécdota, figura en las obras del maestro con el título de *la Dama de 1806*, y se halla visible en la galería de M. R..., quien le compró por 15,000 francos, suma que bastó para dulcificar los últimos días de la anciana Celia.

Las lluvias del mes de setiembre han sido favorables para los teatros, que desde hace meses no se habían visto tan concurridos como en estas últimas noches. En cambio, la diversión privilegiada durante el estío, el concierto de los Campos Eliseos, se ha quedado desierto, y es probable que no tendrá más remedio que levantar la tienda hasta la próxima temporada. En una

de sus funciones más recientes, este lindo jardín ha sido teatro de una escena muy extraña. Un acreedor encuentra a su deudor entre la elegante muchedumbre que circulaba en torno de la música, y al cabo de un diálogo muy animado, el primero declara al segundo que ya no se apartará de su persona, que le acompañará hasta su morada, hará de vigilante hasta el amanecer, y que en cuanto aparezca la luz del día, tomará las medidas oportunas para plantarle en la cárcel.

A la salida del concierto, una porción de gente siguió a los dos enemigos para ver si el deudor no hallaría medio de librarse de las garras de su perseguidor. Es probable que este último, en razón a su avanzada edad, se habría cansado en breve de un paseo por las calles de París, cuando a un testigo se le ocurrió decir en alta voz:

— Este acreedor me parece que no ha inventado la pólvora.

— ¿Pues qué haría Vd. en mi lugar?

— Entraría a mojicones con este caballero, nos cogerían los agentes municipales, nos llevarían a entrambos a un cuerpo de guardia, y así estaría seguro de mi hombre.

Este consejo, que excitó una hilaridad general entre la multitud, no fué del gusto del deudor, quien preguntó al oficioso con qué derecho intervenía en la contienda.

De aquí se siguió una riña en la que se mezcló el acreedor, y como lo había previsto el tercero, acudieron al ruido los agentes municipales. El deudor pudo escurrirse gracias al auxilio de la gente que le era simpática, y el acreedor y su improvisado amigo fueron los únicos que debieron pasar la noche a buen recaudo.

Entre los teatros que más han llamado la atención del público en la última semana, figura en primera línea el Odeon, que ha abierto sus puertas el 1º de setiembre con una comedia en cinco actos de M. P. Deslandes y L. Danthoine, titulada: *las Obreras aristocráticas*. La idea de estos señores es por demás laudable; toda su comedia se reduce a demostrar que las señoras de la sociedad más elevada no se avergüenzan de recurrir al trabajo manual para atender a las exigencias siempre en aumento de la vida elegante. ¡Buen contraste con la anécdota que hemos referido al principio de esta revista! La pieza está llena de intriga y de movimiento, y su interpretación no deja nada que desear.

Al mismo tiempo se volvía a poner en escena, en el Teatro Francés, una antigua obra de Beaumarchais titulada *Eugenia*, que toca un tanto al género melodramático poco admirado en el día. Así ha sucedido que su éxito está muy lejos de haber sido tan brillante como el de *las Obreras*.

El Teatro Lírico ha inaugurado la temporada con la ópera de Mozart, *las Bodas de Figaro*, mientras prepara las novedades que ha anunciado; el teatro del Gimnasio ensaya una comedia en cinco actos de M. Octavio Feuillet, y en el Vaudeville se pondrá pronto en escena una nueva obra de M. V. Sardou.

Finalmente, M. Bagier acaba de publicar su programa de ópera italiana.

Hé aquí por orden alfabético los nombres de los artistas ajustados hasta este día para los teatros de París y Madrid, pues M. Bagier tiene también a su cargo el Teatro Real:

Prime donne soprani, mezzo soprani et contralti: — Señoras Anna de La Grange, Borghi-Mamo, Calderon, Gassier, de Méric-Lablache, Marchisio (Carlota), Marchisio (Barbara), Patti (Adelina), Van der Beek.

Primi tenori: — Señores Baragli, Fraschini, Mario, Musiani, Nicolini, Pagans.

Primi baritoni: — Señores Agnesi, Delle Sedie, Giraltoni, Guicciardi, Guadagnini, Morelli.

Primi bassi: — Señores Antonucci, Bouché.

Primi buffi: — Rovere, Scalse.

Parti comprimarie e secondarie: — Señores Arnoldi, Capello, Leroy (tenori), Mercuriali, Padovani, Vairo (bassi).

En cuanto a las óperas que se han de representar en la temporada, el mismo programa contiene la lista siguiente:

Rossini: — *Italiana in Algeri*. — *Mosé*. — *Otello*. — *Cerentola*. — *Il Barbiere*. — *Semiramide*.

Bellini: — *Beatrice di Tenda*. — *Norma*. — *I Puritani*. — *Sonambula*.

Donizetti: — *Lucia di Lammermoor*. — *Linda di Chamounix*. — *Maria di Rohan*. — *Figlia del reggimento*. — *Poliuto*. — *Elisir d'amore*. — *Lucrezia Borgia*. — *Anna Bolena*. — *Don Pasquale*.

Mercadante: — *Giuramento*.

Pergolese: — *Serva Padrona*.

Verdi: — *I Lombardi*. — *Ernani*. — *Un Ballo in maschera*. — *Il Trovatore*. — *Rigoletto*. — *Traviata*.

Cimarosa: — *Il Matrimonio segreto*.

Mozart: — *Don Giovanni*. — *Le Nozze di Figaro*. — *Così fan tutte*.

Flotow: — *Stradella*. — *Marta*.

Pacini: — *Saffo*.

Óperas nuevas de Verdi: — *Forza del destino*. — *Simon Boccanegra*.

Tanto en los nombres de los artistas que forman la compañía, como en la elección de las óperas que se preparan, M. Bagier nos pone en evidencia sus esfuerzos por elevar el Teatro Italiano de París a la primera línea entre los de su género. Y aun se dice que este programa tan completo está lejos de representar la totalidad de las sorpresas que nos están reservadas; esperemos pues, y no seremos los últimos en hacer justicia al nuevo empresario, que con títulos tan brillantes viene a conquistar el sufragio público.

MARIANO URRABIETA.

La mañana y la tarde.

La cándida mañana es la alegría,
Ufano el mundo muestra su riqueza

Al resplandor del día:

La tarde es la tristeza.

La misma luz que en el risueño prisma

De la gentil mañana en ondas arde,

La misma luz, la misma,

¡Qué triste es a la tarde!

Todo es alegre en la mañana hermosa

Que el cielo, el mar y las montañas viste

De nácar y de rosa;

Todo en la tarde es triste.

Tú eres la luz gentil, risueña y vaga

De que hace el alba azul altivo alarde,

Yo soy luz que te apaga,

Soy vapor de la tarde.

Tú eres gérmen de amor y de belleza,

Yo sombra triste de la pena esclava,

Tú eres vida que empieza,

Yo soy vida que acaba.

El sol te sigue y con su lumbre bella

Tu sien corona sonrosada y pura;

Sigue en pos de mi huella

Ciega la noche oscura.

Tú vas con tu inocencia alborozada,

Yo a mi oscuro saber no me acomodo:

Tú aun no has visto nada;

Yo lo he visto ya todo.

JOSE SELGAS.

Regatas de Saumur.

El 15 de agosto ha habido sobre el Loira en Saumur una fiesta náutica que había atraído miles de espectadores. El puente Cessart y las orillas del río estaban cubiertos por una inmensa muchedumbre. La sociedad náutica había mandado elevar en el muelle de Limoges elegantes tribunas para las autoridades civiles y militares y los miembros de la sociedad.

Los barqueros de Orleans y de Tours habían enviado numerosos contingentes de luchadores que ganaron valerosamente muchos premios. La llegada de los vencedores era saludada con detonaciones y brillantes sinfonías ejecutadas por la música de la Escuela, que el general Crespín había puesto a las órdenes de la sociedad. El público se interesó mucho en las carreras. En suma, la sociedad náutica de Saumur se ha dado a conocer bajo los mejores auspicios, y todo la presagia un buen porvenir.

P. P.

Inauguración

DEL CAMPO DE CARRERAS EN TOLON.

A la iniciativa de M. Delanoue, profesor de equitación, debe Tolon la organización y la inauguración de sus carreras de caballos, que han tenido lugar en los días 15 y 16 de agosto.

El hipódromo es excelente por su extensión y por la buena disposición del terreno. De una ojeada se abraza todo el campo de las carreras en donde se había reunido una crecida muchedumbre de espectadores, que a pesar de los rayos de un sol canicular, no cesó de seguir con interés todas las peripecias de esta fiesta hipica.

Las carreras fueron notables en su conjunto, y no ha habido que deplorar en ellas el menor accidente.

L.

Fiestas de Cherburgo.

Las fiestas náuticas organizadas en Cherburgo han sido de las más brillantes. Aquí publicamos el dibujo de las carreras de remo y de vela. Hace dos años se pedía con instancia la reorganización de las regatas de Cherburgo, y gracias a la iniciativa del conde de Chabannes-Curton, prefecto marítimo del distrito, esta justa reclamación ha sido escuchada. Tres días duraron estas fiestas, 17, 18 y 19 de agosto. Carreras de remo y de vela, carreras de nadador y de buzos, baile en la casa de ayuntamiento, distribución de recompensas, todo esto ha interesado vivamente. La escuadrilla del *Royal-Victoria Yacht-Club* había ido a Cherburgo para asistir a las regatas y tomar parte en ellas.

J. G.

Rincones de España.

BUÑOL.

I.

Si alguna vez, querido lector, has viajado por mero placer; si alguna vez, con el pretexto de unas perdices

no esperadas, y acompañado de una escopeta que huelga en tus manos, has salido á caza de emociones y paisajes; si alguna vez, en fin, el ardiente sol de la Coronada Villa te ha obligado á veranear en modesto pueblo, te habrá sin duda sorprendido la belleza del suelo patrio, y los tesoros de poesía y de grandeza que ocultan sus mas pequeños valles y sus mas insignificantes montañas.

Algun tiempo despues, y en medio del bullicio de la corte, habrás recordado con placer los preciosos detalles de cada uno de esos rincones ignorados, y se habrán fijado mas en tu imaginación y en tus deseos, por lo mismo que yacen en un completo olvido.

Todas las provincias de España ofrecen á manos llenas esos encantos, tan duraderos y variables como la naturaleza que los produce, y cuando su conjunto consigue dar celebridad á un lugar, todavia hallamos en él bellezas ignoradas para los primeros curiosos; bellezas que un lapiz lleno de patriotismo ó una pluma que siente, se atreven á presentar á la vista de otros hombres.

Esto es lo que ha sucedido con Buñol, pequeño pueblo de la provincia de Valencia, situado en la falda de la sierra de las Cabrillas, é inmediato al antiguo y hermoso camino real que conduce á la corte.

II.

Nada hace presentir la belleza de este lindo rincon al



Regatas de Saumur.

forastero, hasta que se halla de improviso en el momento de juzgarla por completo.

Imaginad el camino que se pierde en un hondo barranco, y en cuya terminacion se dibujan unos arruinados muros, que parecen servir de dique contra el torrente.

Despues, y á medida que os va atrayendo el barranco, á cuyo lado juguetea culebreando el camino, los muros se elevan lentamente hasta colocarse á un centenar de piés sobre vuestra senda, como si los fuera empujando desde el fondo de la tierra una mano invisible y poderosa.

El pigmeo se convierte en gigante, y las débiles paredes en un pintoresco castillo situado sobre las rocas, que la imaginacion mas tardia ve instantaneamente cubierto de escuderos, pages, hombres de armas y sombríos señores.

Y á sus piés, ocultándose tímidamente en su sombra, el pequeño pueblo con sus lindas casas y con su altiva torre, emblema material de la lucha entre el feudalismo y la religion.

Y como premio á la modesta morada de tales habitantes, un panorama inmenso, un valle delicioso hierre de repente vuestra vista, enseñándoos los variados matices de un cultivo incansable y de una asombrosa fertilidad.

Lejanas colinas, coronadas por otros castillos que parecen hablar todavia entre si en el lenguaje de las hogueras y de las fatidicas trompas, cierran este magnífico paisaje y semejan vigilantes centinelas que se defienden de las miradas de todos.



Inauguracion de las carreras de caballo en Tolosa (15 y 16 de agosto).

III.

Hundidos en aquella hoya, como la llaman sus moradores, separados casi por completo del mundo entero, puesto que nada veis mas allá de las montañas que os cercan por todas partes, puede cada cual, segun su gusto y predileccion, buscar paisajes sencillos y tranquilos, bellos y respetuosos, sublimes é imponentes.

¿Apeteceis los primeros? Los encontrarais á cada paso en tablas ó mesetas inmensas de feracisima huerta, sobrepuestas unas á otras y escalonadas hasta la cima de las montañas. El algarrobo brinda con un cómodo asiento, en sus raíces descarnadas y caprichosamente dispuestas, y concede una sombra apacible con su espeso follaje. A su pié suele brotar alguno de los innumerables manantiales que fertilizan el terreno, llevando la frescura á la abrasada boca del curioso forastero, y el inocente coquetismo á la niña que se ve hermosa en su puro cristal.

¿Cuántas veces han perdido los forasteros la calma del corazon en aquellas tortuosas sendas, bajo aquellas frescas sombras y oyendo murmurar las claras fuentes! ¡Porque las pálidas y hermosas hijas de Valencia la

árabe, las niñas de esbeltas formas y de lánguida mirada, van frecuentemente á distraer sus penas en tan deliciosos sitios, y no saben que al dejar correr su ardiente imaginacion, se poetizan á si mismas, y hacen soñar en todas las dulzuras del amor espiritual!

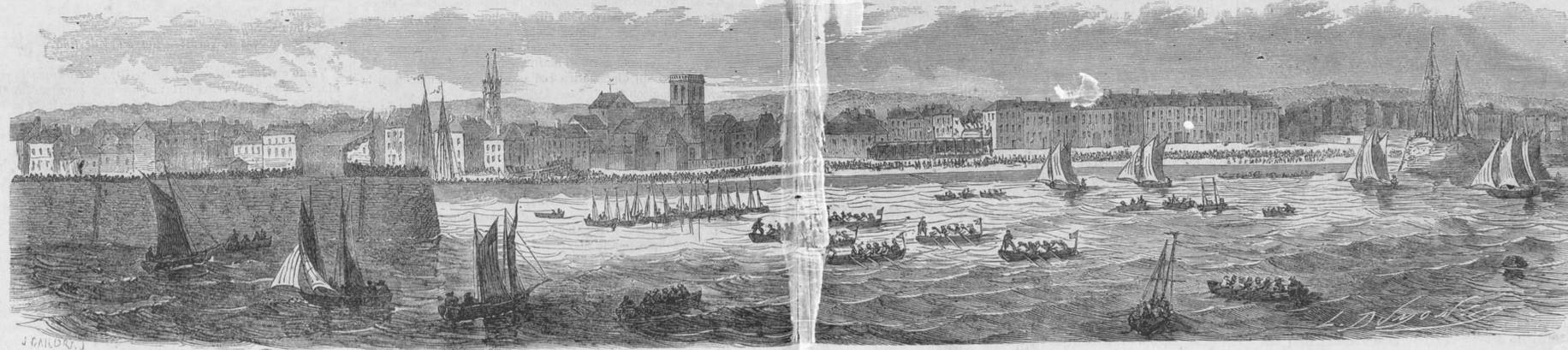
¿Y cómo no amar dulce y tranquilamente donde ama la naturaleza entera?

¿Donde bajan gorgoando las aves viajeras, para beber en la límpida fuente que suavemente murmura á vuestros piés!

¿Donde los cantos perdidos y melancólicos de los trabajadores llegan hasta los oídos como deliciosas y vagas armonias!

¿Donde el galopar de los caballos, el ruido sordo del río, el movimiento de las hojas, y hasta los pasos lejanos exaltan la imaginacion y colocan al sentimiento en un estado indescriptible!

Paisajes de esta naturaleza desarrollan siempre en el hombre y como por instinto el amor: ese amor inmenso, que empezando por la adoracion de Dios, llega á la de la naturaleza; que ama al hombre como hermano, y que ansiando dar culto á la belleza que por todas partes le rodea, tiene inevitablemente que amar á la mujer, como su mas genuina representación.



Regatas de C. erburgo.

IV.

¿Buscáis espectáculos bellos y majestuosos? Id á la *Cueva de las Palomas*, al *Rincon de Furche*, á la *Fuente de San Luis*, excavaciones y abismos caprichosos que las rocas han formado, merced al incansable cincel de las aguas, que cada día se esmeran en pulir y acabar sus magníficas obras.

Y los mismos términos familiares del país, poéticos y sencillos como todos los del pueblo, hablan mas á la imaginación que cuanto el poeta mas brillante pudiera decir al describir tan magníficos lugares.

¡Rincon de Furche! vacío inmenso trabajado por las rocas, cerrado de un modo impenetrable á todas las miradas, sonriente á la aparición de la aurora, triste y majestuoso á la caída de la tarde.

Rincon de tierra donde el hombre desaparece envuelto y amenazado por las rocas, que lamidas en su base por limpidas fuentes, parecen reirse de la gravedad y sostenerse únicamente por una voluntad imperiosa.

Y como aquellas inmensas paredes rodean ó ciñen un pequeño círculo, donde penetra segura la planta del hombre, se llaman *cintos*, en el lenguaje del país; es decir, ceñidores del manto siempre verde y lozano de aquella tierra privilegiada.

¿Pero cómo describir los mil preciosos detalles de uno solo de aquellos cintos? En el centro de una de las rocas perpendiculares, cubierta con triple capa de yedra, existe una pequeña caverna velada por una cortina de agua que detiene al curioso, y defendida por una cuesta á modo de escalera, capaz de arredrar al mas valiente.

Así demuestra la naturaleza al hombre cuál es su grandeza; es la unidad de medida que puede comparar en su pensamiento.

¡Cuántas veces al pié de aquellas sombrías rocas y entre la explosión de alegría de una fiesta campestre, han asaltado dolorosos pensamientos á los mismos que se reían!

Porque en medio de una naturaleza grande y majestuosa, el espíritu no puede entregarse del todo al placer; porque la melancolía es compañera inseparable de ese placer intelectual.

¿Es que se encuentra el hombre excesivamente grande en su ambición y excesivamente pequeño en sus medios de lograrla, ó es que recuerda toda su vida, consagrada casi por completo al dolor?

Sombras queridas de tan queridas montañas, ¡cuántas veces he pasado tranquilo á vuestros piés, protegido por un padre amado, que al recordar á vuestra vista los encantos de su niñez, ignoraba que mas tarde habia yo de imitar su ejemplo, pero mezclando á esos encantos el recuerdo doloroso de su pérdida!

Felices días ya pasados, ¿porqué no volveis siquiera á revivir en mis sueños?

V.

Si tienes, lector, un corazón intrépido y ardiente; si amas el peligro, porque te engrandece á tus propios ojos; si deseas desafiar á la naturaleza con tu pensamiento y dominarla con la inmortalidad de tu alma, al mismo tiempo que ella se venga haciendo temblar tu cuerpo, no dejes de visitar á Carcalin.

Carcalin es simplemente un puente construido entre dos montañas, sin intervención de la mano del hombre, que dando paso á un pequeño río por un estrecho arco, le obliga á formar una gran laguna á su salida.

Hay varias opiniones acerca de la formación de este puente.

Quién supone que parte del monte vecino, cansada de luchar con las tempestades y la nieve, se fué al río á descansar de sus fatigas.

Quién sostiene con buenos datos que el agua no hallando paso, perforó la roca para seguir su marcha triunfante.

Pero sea de ello lo que quiera, el espectáculo es magnífico y hace olvidar las teorías geológicas.

Porque desde lo alto de ambos cerros, por donde van las sendas que os llevan al puente, veis abrirse á los piés un inmenso abismo, que hacen mas terrible dos rocas cortadas perpendicularmente en una gran extensión, y lisas y jabonosas por la acción de las aguas.

Y cuando una piedra empujada por la mano del hombre ó desprendida por si misma va á buscar su lecho en el fondo del barranco, el eco monótono y lento de las montañas va repitiendo su ruido lastimero y el quejido del moribundo que parece arrojar al sepultarse en las aguas.

Creemos entonces que aquella naturaleza salvaje está animada; que aquellos montes que asoman su enorme cabeza al abismo, tienen voz y sonrisa para reirse de vuestros esfuerzos, y que repiten burlescamente las palabras del hombre, y que se regocian cuando algún ser va á sepultarse en su profundo seno.

¿No es verdad que hay algo de misterioso en los ecos de una montaña, y que no deben extrañarse las grandes extravagancias con que la imaginación los ha sublimado?

Después, cuando habeis llegado al punto en que la senda, burlando al abismo, lame su costado y os hace pasar por bajo de una roca, que parece estar dudando el momento de lanzarse al fondo, tal cúmulo de impresiones asaltan al ánimo, que el terror ya no puede dominarle, y los sentidos se acostumbran á jugar con el peligro, como si quisiesen insultar su grandeza.

Llegada á la superficie del puente, el agua clara y

fresca que brota de varias fuentes, os distrae para prepararos nuevas emociones.

Entonces observais los arroyuelos que corren por todas partes, la soledad que os rodea, el eco repetido del ruido mas insignificante, el lejano cencerro de la oveja y la actitud tranquila de la cabra que se destaca como un átomo en la saliente punta de una peña, inclinada hácia el río. Aquí un árbol colocado horizontalmente ofrece con amor sus frutos al agua en que se retrata; mas allá los magníficos racimos de una corpulenta parra penden sobre el barranco, como queriendo ocultarse á los ojos del hombre; todavía mas lejos una serie de pedruscos sobrepuestos unos á otros se asoman con curiosidad para ver lo que pasa en el fondo; y este, formado de apiladas filas de montañas, parece guardar afanadamente la obra de la naturaleza.

Y cuando después de un peligrosísimo descenso, se llega al fondo resbalando de espaldas por las rocas amarillentas, cae sobre vuestra cabeza el agua en que antes habeis bebido, el espectáculo se convierte en maravilloso.

El arco único del puente forma á poco de la entrada una curva muy rápida hácia la izquierda, que impide ver la salida. Jamas ha llegado el atrevimiento del hombre á penetrar en el centro de aquella estrecha bóveda.

Cuando los curiosos se acercan con hachas encendidas, ven solamente á sus piés un vacío inmenso, hácia cuyo negro fondo corre el agua, y cuyas caprichosas curvas no puede seguir la vista mas perspicaz.

Figuras mamelonares y estalactitas admirables adornan por todas partes las paredes, semejando espectros, bocas que se abren para reir, arañas con cuerpo humano, y todo cuanto puede concebir de mas horrible y grotesco una imaginación privilegiada.

Y si arrojaís una piedra al misterioso antro, un ruido estridente cien veces repetido responde á vuestro insulto, y creéis á cada momento ver salir del fondo al genio de aquellos lugares, preguntando porqué turbais su eterno silencio.

Sin embargo, de tan magníficos datos no ha sacado la imaginación poética de los habitantes ninguna fantástica leyenda.

Todo se reduce á un suicidio inspirado por el amor, y del que fué víctima un muchacho, por otra parte inofensivo.

¿Pero puede creerse que aquel lugar, tan privilegiado por la naturaleza, haya pasado toda la edad media sin ser teatro de algun drama sangriento, cuando el pueblo tenia su señor de horca y cuchillo, su palacio fortificado, sus lanzas, sus hermosas condesas, poéticamente misteriosas, y todo ese atractivo en fin de los siglos de la fuerza, tan agradables para la poesía y tan anatematizados por la razón.

VI.

Yo por mi parte, lector, te prometo buscar en los archivos del Buñol (si es que existen) alguna conseja que contarte, donde haya mucho de desafiar á la luz de la luna, armaduras negras, caballos, relámpagos y demás zarandajas.

Pero entre tanto no puedo dejar de aconsejarte que procures pasar una temporada en ese precioso rincón de España, para solaz de tu imaginación, para recordar tu luna de miel, si eres casado, y para soñar en la vejez, si perteneces todavía al estado honesto.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

El conde de Barcelona.

I.

LA CONSAGRACION.

La víspera del santo día de Pascua de 1099 habia gran fiesta en la noble ciudad de Barcelona.

Era que el joven conde Raimundo Berenguer, que un año antes heredara el poder soberano, habia pensado que después de estar sus vasallos, como los discípulos y apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo, abismados en larga y profunda tristeza con motivo de la muerte del señor conde su padre, debía, acercándose la pascua, elegir este santo día para consagrar su persona real. En consecuencia habia convocado para dicho día en su buena ciudad de Barcelona á los prelados, barones, caballeros y enviados de las cortes extranjeras, anunciándoles que en su presencia seria armado caballero, y plantaria sobre su cabeza la guirnalda de rosas de oro, que era la corona de los condes de Aragon.

Para el día señalado, no tan solo todos los prelados, barones y caballeros de España, sino tambien bastante número de príncipes y señores extranjeros, acudieron á la fiesta. Vinieron de Cerdeña el juez y arzobispo de Arborea; de Zaragoza el rey de Aragon; el rey de Castilla, de Burgos. Los reyes moros de Tlemecén y Granada, no pudiendo asistir en persona, habian enviado ricos presentes, como sus antepasados los reyes magos hicieran con motivo del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. En una palabra, tanta era la afluencia de espectadores la víspera del santo día de Pascua, que bien se sacaban treinta mil jinetes de la flor de la no-

bleza del mundo en la ciudad de Barcelona y sus cercanías.

Desde por la mañana, mandara pregonar á son de clarín el señor conde Raimundo Berenguer III, que á la hora de medio día, después de cantado el *Alleluia*, y á la primera campanada de las que anunciarían su regreso, todo el mundo debía despojarse del luto, raparse la barba y aprestarse para la fiesta y la zambra. Así es que cuando se oyó el alegre tañido de los címbalos, todos hicieron lo que el rey mandara, y las calles, una hora antes tristes y silenciosas, se inundaron en un momento de gente y de algazara: porque se habian abierto á un tiempo las puertas de la ciudad y las de las casas, y los caballeros forasteros entraron y los vecinos salieron de sus mansiones.

Y sin embargo, no habia en Barcelona mas que los que no pudieran ser convidados al palacio de la Aljaferia, porque como ya dijimos, la concurrencia era inmensa, y el rey se habia visto en la necesidad de resolver que no recibiria á su mesa y en su castillo sino al que fuera rey ó enviado de rey, gobernador de provincia, arzobispo, príncipe, duque ó conde: y solo con estos y su comitiva resultaban cuatro mil personas con derecho á ser aposentadas por el ilustre conde de Barcelona.

Todo el día anduvo errante por la ciudad el gentío, visitando las iglesias, apiñándose en torno de los titiriteros, y alternando la oración con los juegos profanos, los juegos profanos con la oración; pero cuando la noche fué acercándose, todo el mundo se encaminó hácia el palacio del conde, media legua distante de la ciudad: porque el conde aquella misma noche debia hacer la vela de las armas en la iglesia del Salvador. Por todo el camino estaban distribuidas antorchas y blandones para alumbrar á los curiosos, con centinelas y encargados especiales que cuidasen de su mantenimiento.

Así que sonó la hora de visperas encendiéronse todas estas luces, á pesar de que aun era día; de suerte que en un instante extendióse una línea larguísima brillante desde el palacio de la Aljaferia hasta la iglesia del Salvador, y al mismo tiempo heraldos de armas tremolando las banderas del conde recorrieron todo el camino para que el pueblo se alinease á los dos lados y no impidiese el paso de la suntuosa comparsa.

Á la postrera campanada de visperas se abrió de par en par la puerta del palacio, saludada por los gritos de júbilo de los que estaban aguardando desde medio día.

Los primeros que asomaron fueron los hijos de los nobles caballeros de Cataluña: iban á caballo, y llevaban las espadas de sus padres; espadas insignes, melladas todas en combates y torneos, ilustradas con un nombre victorioso.

Seguian detrás los escuderos de los que debian ser armados caballeros el siguiente día; desnudas ostentaban las espadas de sus señores, y estas en contraposición con las otras, estaban vírgenes y brillantes; pero se sabia que en las manos que debian empuñarlas, muy pronto perderian su virginidad en la sangre, su lustre en las batallas.

Venia después la espada del señor conde, hecha en forma de cruz para recordarle siempre que era soldado de Dios antes de ser príncipe de la tierra: era la espada mas rica, mejor guarnecida, y aguardando el momento de pasar á manos de su señor, estaba en las del anciano don Juan Jimenez de la Roca, uno de los caballeros mas esforzados del mundo.

Después de la espada del señor conde, venian dos carrajes de sus cuadros, cargado cada uno con diez quintales de cera que ofrecia en donativo á la iglesia del Salvador, por haber hecho voto de un cirio que diera vuelta á la ciudad de Barcelona: y esto fué, porque preso en sus Estados con motivo de la enfermedad del conde su padre, no habia marchado á la cruzada, lo cual era un dolor como caballero, un remordimiento como cristiano.

Marchaba en seguida el señor conde en persona, cabalgando sobre un caballo magníficamente enjaezado.

Era un gallardo mancebo de hasta diez y nueve años, de larga cabellera sujeta con un hilo de oro. Vestia el jubon de guerra porque en la velada habia de ponerse la armadura, pero el jubon no se veia, oculto por un gran manto de paño de oro que colgaba hasta los estribos. Iban detrás sus armas llevadas por dos nobles; un yelmo de visera, una cota de malla de acero y oro, y un escudo que tenia grabada la guirnalda de rosas, señal del poder soberano entre los condes de Barcelona.

En pos de las armas del señor conde, seguian de dos en dos los nobles á quienes habia de armar caballeros: eran en número de doce, y á su vez cada uno, luego que hubiera recibido la orden, debia armar otros diez, y estos ciento veinte caminaban en seguida dos á dos sobre sus fogosos corceles lujosamente enjaezados.

Luego aparecian segun su clase y de cuatro en cuatro, en primer lugar los prelados, después los reyes y representantes de reyes, á continuación los duques, los condes y los simples caballeros, separados unos de otros por comparsas de músicos que atronaban los aires con sus trompetas, con sus flautas y timbales. Tras del último grupo caminaba multitud de juglares vestidos de salvajes, corriendo á pié ó montados en caballos sin silla ni brida, donde lucian sus habilidades, y armaban tal estrépito ellos solos que hubiera creído quien los oyese sin saber la causa, que el cielo y tierra se desplomaban de un golpe.

Á favor de los blandones que trocaban las tinieblas en luz, entre el estruendo de los tambores, timbales, trompetas y otros instrumentos, de los gritos de los juglares y heraldos que voceaban: ¡Barcelona! ¡Barce-

lona! ¡por el tercer Raimundo Berenguer! llegaron á la iglesia del Salvador. Aunque el camino era escasamente de media legua, tan lentamente avanzara la procesion, que se mediaba la noche cuando el conde echó pié á tierra en el pórtico, donde le esperaba con todo el clero el arzobispo de Barcelona, que debia consagrarle al dia siguiente.

Entonces todos los nobles que habian de ser armados, con el señor conde á la cabeza, entraron en la iglesia é hicieron juntos la vela de las armas, recitando oraciones y entonando cánticos de alabanza y accion de gracias. Así pasaron toda aquella afortunada noche, y oyeron devotamente los maitines á que asistieron los arzobispos, obispos, priores y abades, y con tanto recogimiento rezaron que sirvió de grande edificacion para todos los concurrentes.

Luego que hubo amanecido, se abrió la iglesia á los fieles y se llenó que era maravilla cómo tantas criaturas humanas podian haber sin sofocarse en aquel recinto. Revistióse el arzobispo para celebrar la misa, y el señor conde tambien se encajó una sobrepelliz como si fuera á ayudarla: encima de la sobrepelliz se puso la dalmática mas rica que puede imaginarse; luego se acomodó al cuello una estola tan magnífica, tan empedrada de perlas y piedras preciosas, que fuera imposible decir lo que valia; por último cogió el manipulo que era precioso igualmente, y á cada prenda que tomaba, el arzobispo repetia una oracion. Hecho esto, comenzó la misa, y despues de la epístola, suspendió el oficiante la santa ceremonia, mientras que los dos padrinos del conde, que eran don Juan Jimenez de la Roca y Alfonso Fernando, señor de Ixer, se acercaron á él, y el uno le calzó la espuela derecha, el otro la izquierda. Acercóse entonces al altar el conde, se prosternó ante el tabernáculo y dijo en voz baja una oracion, mientras el arzobispo de pié á su lado recitaba otra. Acabada la plegaria se retiró, alzó del altar la espada, besó humildemente la cruz de la empuñadura, y ceñida y desenvainada la blandió por tres veces consecutivas. A la primera, desafió á todos los enemigos de la santa fe católica; á la segunda, juró socorrer á los huérfanos, á las viudas y menesterosos; á la tercera y última, prometió hacer justicia toda su vida, así á los grandes como á los pequeños, á los extranjeros como á sus propios vasallos.

A este postre juramento una voz llena y sonora respondió *Amen*, y todos se volvieron á mirar de dónde salia la voz. Era la de un juglar provenzal que se habia introducido en la iglesia y á quien quisieron echar como indigno de mezclarse entre gente tan distinguida; pero enterado el conde de lo que pasaba, mandó que le dejaran quieto, diciendo que en momentos tales toda oracion era buena, fuese de noble ó villano, de rico ó pobre, de fuerte ó débil, con tal que proviniera de un corazon recto y bien intencionado. Quedóse pues el juglar, y el señor conde, despues de envainar la espada, la ofreció á Dios con su persona, suplicándole le tuviese siempre en su santa guarda y le concediese la victoria contra todos sus enemigos. Ungióle entonces el arzobispo con el óleo santo en el hombro y brazo derecho. Levantó en seguida la corona y se la puso en la cabeza, donde sus dos padrinos la afirmaron. Al tiempo mismo los arzobispos, los obispos, los abades, los principes y padrinos del conde entonaron un solemne *Te Deum*, durante el cual se apoderó el unguento del cetro de oro y del globo teniéndolos mientras duró la accion de gracias y el Evangelio. Volviolos á dejar sobre el altar y tomó asiento, pasando sucesivamente por delante de él los doce nobles á quienes fué armando caballeros, y que se repartieron en seguida en doce capillas para armar á su turno otros diez.

Terminada la ceremonia, tomó de nuevo el conde cetro y globo, y ceñida la corona y vestido de todas las insignias del poder, salió de la iglesia y montó de nuevo en su caballo, sin despojarse de la dalmática, ni de la estola y manipulo. Pero como no podia guiar por sí su cabalgadura, iban sujetos al freno dos pares de riendas: el un par, lo llevaban los padrinos; las otras riendas, que eran de seda blanca y que bien tendrian sus cuarenta piés de largas, habian de ser llevadas por los barones, los caballeros y ciudadanos mas notables de Cataluña; á estos acompañaban los seis diputados de Valencia, otros tantos de Zaragoza y los cuatro de Tortosa: todos los que empuñaban las riendas iban á pié en señal de respeto é inferioridad. Así fué como siguiendo el mismo orden y el camino mismo, llegó el señor conde á su palacio de la Aljafería. Echó pié á tierra y se encaminó derecho al comedor donde le habian preparado un trono en medio de dos sillas de oro, sobre las cuales colocó cetro y corona. Sentáronse sus padrinos cerca de él, y junto á estos los reyes de Castilla y Aragon, el arzobispo de Barcelona y los de Zaragoza y Arborea; á otra mesa se sentaron los obispos, los duques y todos los nobles que aquel dia fueran armados caballeros; por último tomaron asiento los barones, los delegados de las diferentes provincias y los ciudadanos mas notables de Barcelona, todos con el mejor orden, porque tenian señalado el puesto y habia para servir criados nobles é hijos de caballeros.

El señor conde era servido por doce nobles, y su mayordomo, el baron Guillermo de Carvallo, se acercó con su plato cantando una ronda, y acompañado de los doce nobles, cada uno de los cuales traia un manjar distinto y hacia el coro cantando. Acabada la ronda, dejó el mayordomo el manjar delante del conde; y quitándose el manto y la cota de paño de oro forrada de armiño y guarnecida de perlas, los regaló á un juglar. Trajéronle en seguida otro traje no menos rico, y se fué con los doce nobles á buscar el segundo servicio. Volvió á los

pocos momentos, cantando otra ronda y con manjares nuevos, y lo mismo que antes despues de servir al conde, dió el traje que traia á un juglar; diez servicios hubo, y en los diez se repitió la misma largueza, lo cual fué grandemente aprobado por toda la asamblea.

Tres horas vendrian á estar en la mesa, y el conde se levantó, tomó su globo y cetro, y pasando al aposento inmediato, fué á sentarse sobre una silla elevada. A su lado se colocaron los dos reyes, y en redor y mas abajo todos los barones y ciudadanos notables.

Los juglares hacian alarde entonces de su imaginacion lozana, y entonaron poemas y captares alusivos, hasta que el rey hizo seña de que se retiraba, que harto necesitaba de reposo; pero cuando acababa de despojarse del manto real, entraron á anunciarle que un juglar se empeñaba en hablarle, diciendo que lo exigia un negocio del mayor interés, y que no consentia dilacion.

El conde mandó que le dejaran entrar.

Entró el juglar, y á los dos pasos hincó una rodilla en tierra.

— Habla, le dijo el conde.

— Ruego antes á vuestra señoría, respondió el juglar, que se sirva disponer que nos dejen solos.

Raimundo Berenguer hizo una seña, y todos se retiraron.

— ¿Quién eres? preguntó el conde cuando se hubo cerrado la puerta.

— Soy, dijo el juglar, quien contestó *amen* cuando en la iglesia del Salvador, y con esa espada, prometisteis hacer justicia toda vuestra vida, así á los poderosos como á los desvalidos, á los extranjeros como á vuestros propios vasallos.

— ¿Y en nombre de quién pides justicia?

— En nombre de la emperatriz Práxedes, injustamente acusada de adulterio por Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than, y sentenciada por su esposo, el emperador Enrique IV, á morir pasado el plazo de un año y un dia, si no se presenta un campeón á defenderla.

— ¿Y cómo eligió para comision como esa tan extraño mensajero?

— Porque tal vez nadie se hubiera expuesto al enojo de un señor tan poderoso como el emperador Enrique IV, y á la venganza de dos caballeros tan temibles como Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than; y por cierto que yo tampoco me hubiera encargado si no me invitara mi dueña y señora, la jóven marquesa Dulce de Provenza, que tiene tan hermosos ojos y voz tan grata que nadie puede negarla lo que pide, y me rogó que saliera á buscar un caballero que acudiese á defender á su noble soberana. Eché á andar en seguida de ciudad en ciudad, de castillo en castillo; pero á la sazón, la flor de la caballería se halla en la Tierra Santa, de suerte que he recorrido en vano la Francia con la Italia, buscando un campeón para ese infortunio imperial; pero buscando en valde. He oido elogiaros, monseñor, como valiente y osado caballero, y me he puesto en camino para Barcelona, adonde he llegado hoy mismo. Pregunté dónde estabais; me contestaron que en la iglesia, y entré, señor, cuando teniais esa noble espada en la mano jurando hacer justicia, así á los poderosos y á los desvalidos, á los extranjeros como á vuestros propios súbditos: me pareció que la mano divina me conducia hasta vos en momento semejante, y por eso exclamé: Así sea.

— Pues así sea, repuso el conde, porque para honra de mi reputacion y engrandecimiento de mi fama, emprenderé esta aventura en el nombre de Dios.

— Gracias infinitas, señor, contestó el juglar; pero con vuestra licencia os diré que el tiempo urge; porque han transcurrido diez meses desde la sentencia fulminada por el emperador, y no restan á la acusada mas que dos meses y un dia, que es apenas el tiempo necesario para que lleguemos á Colonia.

— Pues bien, dijo el conde, dejemos terminadas las fiestas, y el viérnes daremos gracias á Dios para ponernos en camino el sábado.

— Hágase vuestra voluntad, dijo el juglar al retirarse.

Pero antes de que saliera, le echó el conde por los hombros una magnífica cadena de oro que bien valia quinientas libras, porque el señor conde era un príncipe tan generoso como valiente, tanto que sus contemporáneos le apellidaron el Grande, y la posteridad le ha dejado el nombre que le dieron sus contemporáneos.

Era además hombre religioso, porque las fiestas que solicitaba del juglar ver concluir, fueron dadas, en imitacion de Nuestro Señor Jesucristo, quien en el venturoso dia de Pascua prestó nuevas fuerzas á la Virgen, á sus apóstoles, á los evangelistas y demás discípulos que antes estaban tristes y afligidos á causa de su passion: por eso, dice el cronista de quien tomamos estos pormenores, sobrevino el viérnes, por la gracia de Dios, una buena lluvia que alcanzó á toda Cataluña, Aragon, reino de Valencia y de Murcia. La tierra, que hartó lo necesitaba, tuvo así su complemento de júbilo, para que nada faltase á los presagios de un reinado que fué de los mas grandes y felices de que se conserva memoria en la noble ciudad de Barcelona.

II.

EL CAMPEON.

Por entonces el emperador Enrique IV de Alemania era uno de los principes mas desgraciados que han ocupado su trono. El año 1056 á la edad de seis, habia heredado de su padre Enrique el Negro, y la dieta habia encargado á Inés de Aquitania la administracion de

los negocios públicos durante su minoría; pero los principes y barones de Alemania, humillados á obedecer á una extranjera, se habian rebelado contra el imperio, y Oton, margrave de Sajonia, comenzara la serie de guerras civiles, en las cuales Enrique, armado siempre contra sus vasallos, contra sus tíos ó contra su hijo, debia consumir su vida, tan pronto emperador como fugitivo, hoy proscribiendo y mañana proscrito. Despues de haber destituido al papa Gregorio VII, y atravesado, en expiacion de este sacrilegio, los Apeninos á pié en el rigor del invierno, con un baston en la mano y como un mendigo; despues de esperar tres dias en el patio del castillo de Canossa, sin abrigo, sin pan, sin lumbre á que se le antojase á Su Santidad abrirle la puerta, habia sido por fin admitido á su presencia, le habia besado los piés y hecho juramento sobre la cruz de someterse á su resolusion. A este precio le absolvió el papa de su sacrilegio; pero entonces le acusaron los señores lombardos de cobardía. Amenazado por ellos de destitucion, si no rompía el vergonzoso tratado á que acababa de sujetarse, hubo de aceptar su alianza; pero mientras hacia este pacto, los barones alemanes habian elegido emperador á Rodolfo de Suebia. Enrique, que viniera á Italia suplicando, volvió á Alemania como soldado y por contera excomulgado, habiendo recibido del papa Rodolfo, su rival, una corona de oro en señal de investidura temporal y una bula que invocaba la maldicion del cielo sobre su enemigo. A pesar de corona y bula, bate y mata á Rodolfo en la batalla de Wolskein, y se vuelve vencedor y furioso contra la Italia, llevando consigo al obispo Gisbert á quien habia hecho elegir papa. Ahora le tocaba á Gregorio temblar, porque no debia esperar misericordia, y á su aproximacion se habia encerrado en Roma; cuando llegó Enrique á avistar las murallas de la ciudad eterna, encontró un emisario de Gregorio que le ofreció la absolucion y la corona. La respuesta de Enrique es apoderarse de Roma, y el papa se refugia al castillo de Santángelo. Allí mismo le persigue Enrique, bloquea, y seguro de que su enemigo no se escapa, asienta en el trono de san Pedro al antipapa Gisbert, y recibe de su mano la corona imperial. Llegale entonces la noticia de que los sajones han elegido para emperador á Herman, conde de Luchemburgo. Repasó Enrique los Apeninos, bate á los sajones, somete la Turingia y se apodera de Herman, á quien permite vivir y morir desconocido en un rincón del imperio. Vuelve en seguida á Italia, donde hace que su hijo Conrado sea elegido rey de los romanos. Creyendo la paz segura por este lado, vuelve sus armas contra la Baviera y parte de la Suebia que seguian rebeldes. Su hijo, á quien acaba de hacer rey y que ambiciona el imperio, se subleva, arma tropas y contribuye á que sea excomulgado segunda vez su padre por el papa Urbano II. Convooca Enrique una dieta en Aquisgran, expone su corazon paternal desgarrado con la rebelion de Conrado, y solicita que su hijo segundo, Enrique, sea elegido rey de los romanos. A mitad de una sesion, recibe un aviso misterioso. Hace falta su presencia en Colonia, le dicen, para revelar un gran secreto. Sale Enrique de la dieta, y dos de los barones mas notables, Gontran de Falkemburgo y Gualtero de Than, le esperaban á la puerta de su palacio. Invitalos Enrique á entrar con él, los conduce á su aposento, y viéndoles sombríos y severos, les pregunta el motivo.

— La majestad del trono está en peligro, responde Gontran.

— ¿Quién la pone?

— La emperatriz Práxedes, vuestra esposa, dice Gontran.

Esta nueva hace mas sensacion en Enrique que otra ninguna, porque la emperatriz Práxedes, con quien se casara dos años antes, y á la que profesaba un amor así de padre como de esposo, era el único ángel á quien debia las pocas horas de reposo y de ventura que gustara en medio de aquella vida fatal y maldita que hemos procurado describir: así es que necesitó un momento para reconcentrar las fuerzas de su corazon y preguntar qué habia hecho.

— Ha hecho cosas que no puede soportar el brillo del trono imperial, respondió Gontran, y que nos acarrearían el dictado de traidores á nuestro señor, si vaciláramos en decírselas.

— Pero acabad, ¿qué ha hecho? preguntó por segunda vez Enrique.

— En vuestra ausencia, prosiguió Gontran, ha alentado el amor de un caballero, y tan públicamente lo ha hecho, que si llega á nacer un hijo, este suceso que llenará de júbilo al pueblo, pondrá de luto á la nobleza: porque para el pueblo todo señor es bueno, al paso que la nobleza del imperio, que es la primera de todas las noblezas, no puede ni quiere recibir órdenes mas que de un hijo de emperador.

Recostóse Enrique en el respaldo del sitial para no caer, porque un mes antes habia recibido una carta de la emperatriz, en que anunciaba con gozo infantil que tenia la esperanza de ser madre.

— ¿Y qué se ha hecho ese caballero? preguntó Enrique.

— Ha salido de Colonia como vino, de repente y sin que se sepa dónde para. Su patria y nombre, á nadie los ha revelado, pero podeis preguntarlo á la emperatriz.

— Bien, dijo Enrique, entrad en ese gabinete.

(Se continuará.)

LA CAZA, caricaturas por CHAM.



Un cazador á quien han preparado el terreno de antemano.



Importunidad. — Amiguito, ¿dónde está la licencia de caza?



La comida campestre.



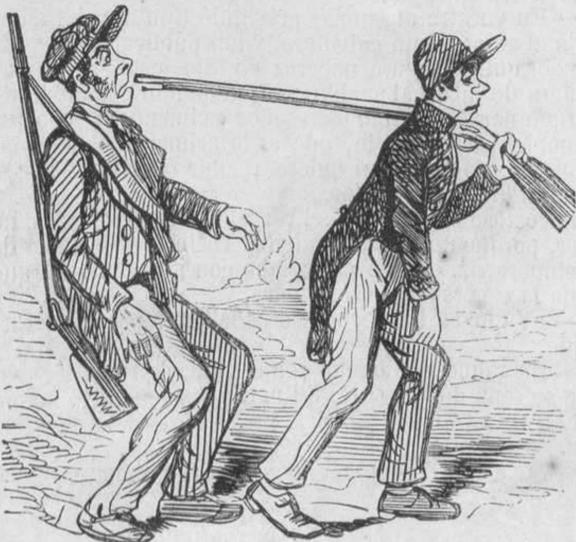
El triunfo de las escopetas perfeccionadas.



Los disparos despues de la lluvia. — Pasa una liebre, tira el cazador, y en vez de perdigones la encaja un medicamento.



Una torpeza. — Daños y perjuicios por incapacidad de trabajo durante mas de veinte dias.



Un cazador de pobre traza.

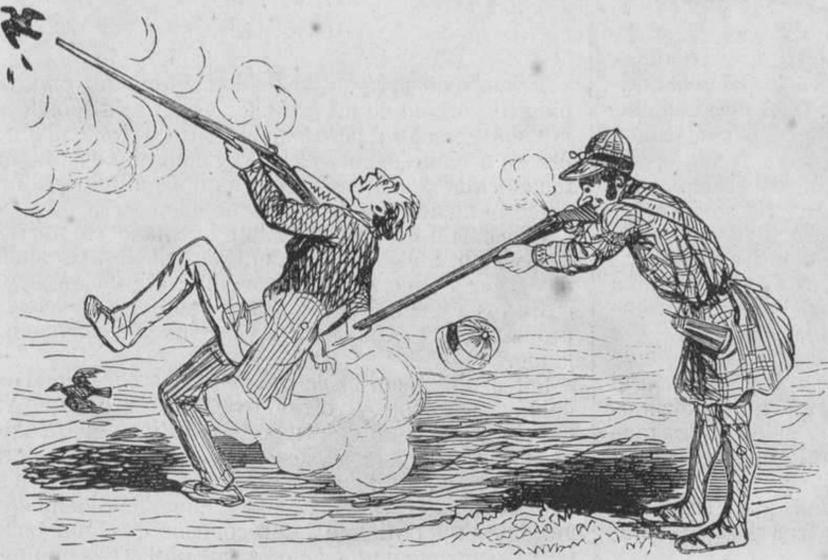


Creo que mi perro está rabioso.



Cazador extraviado.

LA CAZA, caricaturas por CHAM.



Trata al prójimo como á tí mismo.



Lo que se llama un tiro aprovechado.



Curso de geología. — Caminata por tierras labradas.



Cazador suspendido de sus funciones.



Cazador saliendo de entre zarzas.



De los inconvenientes que resultan cuando el cazador es bizco.



Abuso de confianza.



¿Por qué parte habeis visto pasar á mi perro?



Cazador escarmentado.



Un perro sin olfato.

Una excursión por Castilla

Y LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Conclusion.)

Empecé esta carta en Elorrio, la continué en Vergara y la concluí en Azpeitia.

No he hablado pues en mis anteriores de la lengua vascongada, que se habla con preferencia en la provincia de Guipúzcoa: no es tan común en Alava y Vizcaya por su mayor contacto con la gente de Castilla.

De antiguo viene el no enseñarse otra lengua que la castellana; pero como al entrar los niños en las escuelas, especialmente los de la clase pobre, solo entienden el vascuence, los maestros han discurrido que entre sí se denuncien si por ventura se les escapa alguna palabra. El interesado en la delacion es el que se descuidó primero, porque desde entonces conserva un anillo que le pesa como si tuviera en las manos un carbon encendido, y está en acecho del compañero que se deslice para que el anillo pase á otras manos. Ninguno quiere sufrir la suerte del último poseedor.

De aquí se origina una especie de galimatías, una mezcla de lenguas, la una poco olvidada, la otra poco aprendida. Por decir *relámpagos de calor* he oído: *chimistas de calientes*. Ni las famosas y por todo el mundo nombradas *concordancias vizcainas*, que me dejaba atrás, eran tan estrambóticas como esta.

Esto no impide que hoy se reproduzcan las antiguas apologías de la lengua vascongada, ni que se escriban otras nuevas. Raros son los que conocen el vascuence gramaticalmente; así es que las personas que hablan el castellano, castellanizan la lengua del país y la desfigurán. Quien habla el vascuence con mas pureza es el pueblo, y sobre todo el pueblo desparramado en los caseríos, el pueblo que no entiende una palabra de nuestro idioma. Es costumbre predicar en vascuence: en las Juntas generales se usa en alguna ocasion del vascuence y del castellano para que todos entiendan.

Por lo dicho se vendrá en conocimiento de los agentes que contribuyen á conservar, desterrar ó corromper al menos la lengua vascongada: unos nacen de la ley, y la ley que manda enseñar el castellano en las escuelas es hija de la unidad nacional, es su expresion.

La ley debe ser observada con todo rigor. El comercio por una parte, y por otra la general ignorancia de los principios filosóficos y reglas gramaticales de la lengua vascongada, contribuyen á mantenerla en el estado en que hoy se encuentra. Se enseña el castellano en las escuelas, pero se predica en vascuence; el pueblo habla en vascuence; este es el lenguaje entre los amos y los criados; al vascuence se traduce lo que se habla en castellano en las Juntas, y en vascuence rezan los acogidos en las casas de Misericordia, segun he observado en la de Azpeitia. Figurémonos cuan difícil será desterrar esta lengua ó restituirla á su pureza, si las palabras son, como dice un sabio, la tela ó la materia del lenguaje, y la gramática la que le presta una forma determinada.

No se debe pensar del vascuence lo que de los dialectos catalán y valenciano. Veneré Valencia á su célebre poeta Ausias March, y léanle con pasion los literatos: el respeto que merece el vascuence no lo han alcanzado otros dialectos.

Generalmente se recibe mal la pretension de los vascongados de hacer pasar á su lengua por la lengua primitiva; es muy común burlarse de sus pretensiones diciendo: «los vascongados sostienen que Adán y Eva hablaron el vascuence en el paraíso.» Si esto es ridiculo, en nada difiere de la opinion de Webb, que solicita esta prioridad en favor de la lengua de los chinos, ni de la manía de Becano, empeñado en atribuir este honor al flamenco, como los abisinios á su lengua, los hebreos á la suya y otros á este tenor.

Infinitos autores han trabajado por averiguar la filiacion de las lenguas; hoy es cosa convenida que no han de representarse los pueblos ni las lenguas en líneas perpendiculares; no hay entre ellos derechos de primogenitura. Los filólogos y los etnógrafos se han roto la cabeza buscando en las etimologías una solucion, y no encontrándola la han buscado en la marcha de los pueblos, y los han seguido en su carrera; pero la controversia tocante á las lenguas madres no ha dado el resultado que se apetecía. Si fueron visionarios don Pedro de Astarloa, don Tomás de Sorreguieta y Bidassuet de Aróstegui defendiendo la antigüedad del vascuence sobre todas las lenguas conocidas, visionarios fueron tambien otros autores de gran importancia literaria que defendieron la prioridad de otras lenguas con igual teson, y que desbararon mucho mas que los vascongados: que desbaró y muy grande fué el de varios escritores siriacos citados por Wiseman, los cuales explicaban la filiacion de su lengua trazando una línea recta, y subiendo en dos saltos desde Heber á Noé y desde Noé hasta Adán.

Debe desecharse por pueril al menos la pretension de prioridad que atribuyen á su lengua los vascongados; pero la de antigüedad no, y esto es cabalmente lo que la hace respetable. Por algo se cita con aprecio la *Semana española vascongada*, de Sorreguieta, única en Europa; y algo tienen de bueno esas apologías y ensayos crítico-filosóficos que á principios del siglo vieron la luz en Madrid y en otras partes. Si no fuera tanta su antigüedad, los sabios y eruditos extranjeros no vendrían á visitar estas provincias con el fin de investigar el origen del pueblo vasco y de la lengua, y admirar su

perfeccion. Leibnitz se propuso hacer de las lenguas un estudio comparativo, y sospechó que entre las palabras del vascuence y del coito, dialectos de España y Egipto, podia haber afinidad.

El creia que habia palabras coito-vascuences, y suplicaba á sus amigos que le enviaran listas de palabras, con la idea de descubrir si procedia del Africa el antiguo español-aquitánico. Young fortaleció esta conjetura, y si hemos de seguir el dictamen del sabio Wiseman, la aprobó matemáticamente.

El sabio Humboldt visitó las provincias Vascongadas cuando se ocupaba de escribir sus *Investigaciones sobre los habitantes primitivos de España*, que luego se publicaron en Berlin en 1821. He recogido en las provincias un curioso accidente de este viaje. Iba el sabio alemán acompañado de un sabio eclesiástico del país recorriendo los pueblos y tomando asiento en las cabañas.

Uno y otro buscan en la conversacion de la gente rústica los ricos tesoros que á su parecer encierra el vascuence: el eclesiástico escribió lo que le parecia mas notable, y entregó aquel papel al mas sabio de los modernos viajeros. G. de Humboldt manifestó su agradecimiento de un modo al parecer insignificante, pero que á él le parecia el último punto de la galanteria, cogió el papel, abrió su baul, sacó su frac y se lo metió en el bolsillo.

El *Mitridates* es una obra en tres tomos que se publicó en Berlin desde el año de 1806 al 1817, dedicada á investigaciones sobre todas las lenguas. El primer tomo comprendió las lenguas del Asia, el segundo las de Europa y el tercero las de Africa y América, dándose en un volumen por suplemento el ensayo de Humboldt sobre el cántabro ó vascuence.

Hagamos una señal al pié de los avellanos, castañares que dieran sombra al sabio Humboldt, para que no se me vaya de la memoria ni la anécdota que se mantiene viva en el país, ni la noticia bibliográfica que le pongo por contera. Una y otra son autorizada apología de esta lengua, para mi tan venerable como incomprendible. Por lo que respecta al vascuence, yo le creeré tan perfecto como me parece armonioso, agradable y de una sencillez primitiva, y por lo mismo que no lo entiendo deberá parecerme el mas expresivo, aplicándome aquella observacion de Chateaubriand sobre la misteriosa virtud del latin en el alma devota de las mujeres que no lo entienden.

Por no cansar, daré sumariamente algunas noticias de los últimos trabajos sobre la lengua vascongada, que prueban el interés que inspira á los sabios.

Don Juan Bautista Erro sacó á luz el *alfabeto primitivo*. Erro no goza de gran autoridad, pues lo bueno que escribió se atribuye á que vinieron á sus manos los manuscritos del sabio Asterloa, cuyo paradero se ignoraba. Ahora se sabe que están en Bayona, y el país se interesa mucho por la publicacion de sus *discursos filosóficos*. Hasta que estos manuscritos se publiquen estará sin satisfacer la ansiedad de los vascos ilustrados; y puede ser que Erro, muerto en la emigracion carlista, gane mayor reputacion de la que sin duda merece, por sus eruditos trabajos.

Larramendi publicó en 1806 una gramática vascongada con el título raro de *El imposible vencido*. Segun he sabido en Madrid, yo creo que esta será la gramática que ha corregido en estos dias el señor Saavedra Meneses.

Se sabe cuánto trabaja el principe Luciano, de la familia de los Bonapartes, por amaestrarse en dicha lengua. El la habla, cuidando mucho conversar con los aldeanos y de asistir á los sermones, cuando viene á las provincias, y de conferenciar y viajar con el padre Uriarte, quien retirado ahora en el convento de Bermeo, escribe un Diccionario de la lengua vascongada.

Pero dirá algun curioso: «No se citan otros libros que los escritos desde primeros del siglo corriente. Si tanto merece la lengua vascongada, ¿por qué razon callaron tanto los antiguos?»

Mas valiera que los sabios que tanto ruido metieron en el mundo, en vez de darse á inventar heregias, se ocuparan en cosas útiles y buenas. Pero de Roma fué y bajo los auspicios de su congregacion de *Propaganda fide* de donde salió el primer trabajo formal sobre la literatura india del padre Paulino de San Bartolomé, sobre la gramática sanscrita, etc.; despues, en 1784, se fundó en Calcuta la sociedad asiática, que dió tanto impulso á estos estudios, y entonces se propagaron por aquí, y este fué el aire que trajo á las Vascongadas al sabio Humboldt, no á revelarles los secretos de su lengua, sino á aprenderlos de clérigos ilustrados que sabian mucho de orientalismo, aunque no se carteaban con los filólogos y anticuarios de Calcuta.

¡Y que hayamos venido despues del mérito que contrajo Roma adelantándose á socorrernos con nuevas luces, hasta el punto de echar baladronadas y amenazarla de muerte con la sabiduria que se ha atesorado en algunos años de incredulidad!

Segun se habla hoy de lenguas y de razas, parece que hemos inventado las primeras desde la revolucion francesa acá para que todas hablen contra Roma, y que llevamos como un rebaño las segundas para derribar el poder temporal de la Iglesia. Los discursos están tan llenos de lenguas y de razas, que es una confusion. Yo he oído á muchos de los que así hablan, y despues de haberlos oído, me he quedado sin saber lo que han dicho ni á qué casta pertenecen. Gravisimo inconveniente por cierto, tratándose de razas y de lenguas.

Quiera Dios que se entienda con claridad lo que yo escribo y la buena intencion con que lo escribo.

MANUEL MUÑOZ GARNICA.

Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

(Continuacion.)

Primero observé que se habia contentado con una rápida inspeccion de mi persona, y que se disponia á bajar sus gemelos; pero cuando pareció reflexionar sobre su accion, levantó el lente y continuó examinándome con marcada atencion por algunos minutos, durante cinco lo menos, estoy seguro de ello.

Este modo de proceder, tan inusitado en un teatro americano, atrajo la atencion de muchas personas, y dió lugar á que se produjese un murmullo indefinido entre los espectadores, que me llenó de confusion, sin producir efecto visible en las facciones de madama Lalande.

Satisfecha su curiosidad, si es que por curiosidad obró, dejó caer su lente y volvió la vista á la escena, no viendo yo ya otra cosa que su perfil. Obstinéme en contemplarla, aun cuando supiese perfectamente que obraba como un hombre mal criado, y vi bien pronto que madama Lalande cambiaba lenta é imperceptiblemente de posicion, no tardando en reconocer que aun cuando fingia ocuparse de los actores, me observaba de nuevo. Excusado es que diga el efecto que produjo en mí tal persistencia por parte de una mujer tan seductora.

Despues de haberme mirado por espacio de un cuarto de hora lo menos, el objeto de mi pasion se dirigió al caballero que la acompañaba, y durante su conversacion observé, por la direccion de sus ojeadas, que sus palabras se referian á mí.

Terminada aquella, madama Lalande se volvió hácia el escenario y pareció absorberse en lo que en él pasaba; pero al cabo de algunos minutos me produjo una agitacion suma ver que abria nuevamente su lente y me miraba de frente, examinándome de piés á cabeza, á pesar del murmullo de los espectadores, con aquella maravillosa sangre fria que habia ya arrebatado y turbado mi alma.

Aquella extraordinaria conducta, agitándome hasta el punto de causarme una verdadera fiebre que me produjo un delirio amoroso, sirvió mas bien para enardecerme que para desalentarme. En la loca intensidad de la pasion, yo me olvidaba de todo lo que no fuera la presencia y victorioso encanto de la vision que se me habia aparecido. Aproveché una ocasion en que creí á los espectadores exclusivamente ocupados de la ópera, y encontrándome por fin con la mirada de la dama, la dirigí un ligerísimo saludo; pero tan insinuante, que era imposible no comprenderle.

Ella se enrojó mucho, volvió los ojos, miró en torno suyo sin duda para ver si habia sido observada mi audacia, y despues se inclinó hácia el caballero sentado á su lado.

Pesóme amargamente la inconveniencia de que acababa de hacerme culpable; no esperaba otra cosa que un rompimiento, y la perspectiva de un par de pistolas para el dia siguiente cruzó rápida y desagradablemente por mi pensamiento. Sin embargo, fué un grande y pronto alivio para mí ver á la dama contentarse con dar á su caballero un programa, sin dirigirle la palabra. El lector podrá formar una débil idea de mi sorpresa y estupefaccion, ó mejor dicho, de la turbacion delirante que embriagó mi corazon y mi alma, cuando un momento despues, habiendo echado aun en torno suyo una ojeada furtiva, hizo la dama que su brillante mirada se detuviese en la mia; y despues con una sonrisa casi imperceptible, que dejó entrever una preciosa fila de dientes semejantes á perlas, me hizo dos inclinaciones de cabeza bien distintas y marcadas, y que eran una respuesta nada equívoca á mi saludo.

Inútil es describir mi gozo, mi trasporte, el éxtasis en que nadaba mi corazon. Si alguna vez debió un hombre volverse loco por un exceso de felicidad, yo debí haberme vuelto en aquel momento. ¡Yo amaba! Sentia que aquel era mi primer amor; el amor supremo é indefinible. Era *el amor de la primera vista*, y lo que era mas, habia sido apreciado y se correspondia á él á primera vista tambien.

Si, se habia respondido á él, ¿cómo y porqué hubiera podido dudar de ello? ¿cómo explicar de otro modo la conducta de una señora tan bella, tan rica, tan cumplida y tan bien educada, que ocupaba tan alta posicion en el mundo, y tan respetable bajo todos conceptos? Porque yo estaba persuadido de que madama Lalande tenia derecho á ser respetada de todos. Si, ella me amaba; ella correspondia al entusiasmo de mi pasion con un entusiasmo no menos ciego, tan incapaz de cálculo ó convenio, y tan ilimitado como el mio. Estas reflexiones y estos deliciosos ensueños fueron interrumpidos por la caída del telon. Los espectadores se levantaron, y á este acto siguió el desórden habitual. Entonces, dejando bruscamente á Talbot, me esforcé por aproximarme á la señora Lalande, pero la multitud, demasiado apiñada, me obligó á abandonar mi empeño, y me resigné á entrar en mi casa, consolándome de no haber ni aun podido tocar el pelo de su ropa, con la esperanza de que al dia siguiente me presentaria en la suya mi amigo en debida forma.

Acabó por llegar el dia siguiente; es decir, que el dia sucedió á una larga y fatigosa noche de impaciencia; minuto tras minuto se pasó una hora, marchando los minutos con la lentitud del caracol, tristes é innumerables; pero dice el proverbio, que no hay plazo que no se cumpla, y el mio tuvo fin llegando el término de mi espera. Sonó el reló, y en el momento mismo en que

el último eco argentino se desvanecía, me paraba delante del hotel B... y preguntaba por Talbot.

— Ha salido, contestó un criado, que era justamente el de mi compañero de la vispera.

— ¡Ha salido! repetí retrocediendo seis pasos. Permitidme que os diga que es imposible, que es increíble. M. Talbot no ha salido ¿lo entendéis?

— Señor, mi amo ha salido; es cuanto puedo deciros. Así que se desayunó salió á caballo para S..., y ha dicho que no volvería hasta dentro de ocho días.

Quedé petrificado de horror y de cólera. Procuraba hablar, pero mi lengua lo rehusaba. En fin, volví piés atrás, pálido de rabia, enviando á paseo á los infiernos á la tribu entera de los Talbot. Era evidente que mi amable amigo se había olvidado de nuestra cita en el momento mismo en que se la daba, pues se jactaba de no faltar nunca á su palabra. No había mas que tener paciencia, y sofocando mi despecho cuanto pude, me paseé por la calle con muy mal humor, dirigiendo á cada amigo que encontraba preguntas fútiles acerca de la habitación de madama Lalande. Todos, á lo que vi, la conocían de nombre, y casi todos la habían visto; pero no habitaba en nuestra ciudad sino desde hacia algunas semanas, y muy pocos de los que encontré tenían el honor de conocerla, y aun los que la conocían era demasiado reciente su trato para poder ó querer permitirse presentarme en una visita matutina. Mientras estaba en estas investigaciones, desesperando de conseguir nada, y me entretenía con tres jóvenes del objeto que ocupaba mi corazón, quiso la casualidad que acertase á pasar la dama.

— Precisamente viene aquí, exclamó uno de ellos.

— ¡Admirablemente bella! añadió el segundo.

— ¡Es un ángel terrestre! repitió el tercero.

Yo miré y apercibí á la encantadora vision de la ópera, en un coche descubierto que venía por la parte por donde nosotros estábamos, bajando lentamente la calle, acompañada de la joven que había visto en el mismo palco.

— La que la acompaña se conserva admirablemente bien, añadió el primero que había hablado.

— ¡Qué asombro! continuó el segundo interlocutor. ¡Conserva todavía el brillo de la juventud! ¡El arte hace prodigios! A fe mía que tiene mejor aspecto que cuando la encontré en París hace cinco años. Es aun una buena moza: ¿no te parece á tí lo mismo, Froissard?..... perdona, quise decir Simpson.

— ¡Aun! exclamé: ¿y queréis decirme porqué no lo ha de ser? Comparada con su amiga se parece como la estrella de Venus á una lamparilla, ó un gusano de luz á una oruga.

— ¡Ah, ah, ah! muy bien, Simpson; teneis un tacto maravilloso para hacer descubrimientos... sobre todo descubrimientos originales.

Dicho esto nos separamos, mientras uno de los tres paseantes tarareaba un divertido vaudeville, del que no recuerdo mas que este pasaje:

Ninon, Ninon, Ninon, abajo;
Abajo Ninon del Enclos.

Durante este pequeño coloquio una cosa me consoló, si bien contribuyera á mantener la pasión que me consumía. En el momento en que pasó el carruaje de madama Lalande cerca del grupo que formábamos, vi que me reconoció; mas todavía, me favoreció con la mas seráfica de las sonrisas, prueba evidente de que se acordaba de mí.

En cuanto á la esperanza de serla presentado, me era forzoso renunciar á ello hasta el día en que á Talbot le agradase volver del campo. Mientras llegaba, frecuentaba asiduamente los parajes en que se reunían las gentes de buen tono; y finalmente, tuve el gusto supremo de volverla á ver en el teatro, donde la descubrí por la primera vez, y en donde mi mirada volvió á encontrar la suya. Pero aquel gozo no me fué concedido sino al cabo de quince días. Durante este intervalo fui todos los días á casa de Talbot, donde siempre me crispaba los nervios el eterno «no ha vuelto aun,» de su doméstico.

La noche en cuestion me hallaba en un estado que se acercaba bastante á la locura. Habíase dicho que madama Lalande era una parisiense llegada recientemente de la capital. ¿No podría volverse á ella de repente? Si dejaba la ciudad antes de que volviese Talbot, ¿no la perdería para siempre? No pude soportar un pensamiento tan aflictivo, y puesto que mi dicha y porvenir estaban en juego, me decidí á obrar con una firmeza varonil. En una palabra, acabado el espectáculo, seguí á la dama hasta su casa, tomé nota de las señas, y al otro día la envié una larga y laboriosa epístola, en que la contaba de plano mi pasión.

Me expresaba brava y libremente; en una palabra, hablaba con pasión, y no la oculté nada, ni aun el defecto de que he hablado. Mencioné las circunstancias novelescas de nuestro primer encuentro y las miradas que habíamos trocado. Llegué hasta declararme convencido de que me amaba, presentando esta convicción y el ardor de mi afecto, como dos excusas que debían justificar una conducta imperdonable de otro modo. Presenté, como tercera circunstancia atenuante, el temor que experimentaba de que dejara la ciudad antes de haber conseguido presentarme á ella segun mandan las reglas de la etiqueta, y terminé la carta mas extravagante y ardiente que se ha podido escribir, por una franca declaración de mi posición y fortuna, y por ofrecerla mi corazón y mi mano.

Aguardé la respuesta en un paroxismo angustioso, y

pasado un intervalo, que me pareció un siglo, llegó la respuesta.

Si, llegó, y por novelesca que pueda parecer esta narración, recibí una carta de madama Lalande, de la rica y hermosa madama Lalande, á quien todo el mundo idolatraba. Sus ojos, sus ojos soberbios, no habían dado un mentís á su corazón. Como verdadera francesa que era, obedecía á los consejos de su razón, á los generosos impulsos de su naturaleza, despreciando la prudencia convencional. Ella no respondía á mi oferta parapeándose tras un silencio desdeñoso. No me devolvía mi carta sin abrirla, sino que me dirigía una respuesta trazada por sus dedos de hada, y concebida en estos términos:

« El caballero Simpson me perdonará de no escribir la hermosa lengua de su país tan bien como quisiera. Hace poco tiempo que he llegado á América, y no he tenido aun tiempo de estudiarla.

Esta excusa explicará el laconismo de mi respuesta... añadiré ¡ay! que el caballero Simpson ha adivinado mis pensamientos... ¿debo decir mas? ¿no he dicho ya demasiado? — EUGENIA LALANDE. »

Besé un millón de veces esta carta, que respiraba tan nobles sentimientos, y que me hizo sin duda cometer una multitud de locuras, de que ya no me acuerdo. Entre tanto, Talbot se obstinaba en no volver. ¡Ay! si hubiera podido tener la menor idea de los sufrimientos que su alejamiento causaba á su amigo, ¿su naturaleza simpática no le hubiera obligado á apresurar su vuelta? Sin embargo, no volvía. Yo le escribí. El me respondió, y aunque detenido por negocios urgentes, creía reunirse conmigo antes de poco. Me aconsejaba tuviese paciencia; que moderase mis trasportes; que me entregara á lecturas calmantes; que no bebiera vino mas fuerte que el rhin, y que llamara en mi ayuda los consejos de la filosofía. ¡Imbécil! ¿Porqué, si no podía volver, no me enviaba una carta de introducción? Le escribí de nuevo, suplicándole me dirigiese una lo mas pronto posible; pero mi billete me fué devuelto por aquel animal de lacayo, con una nota de lápiz trazada en el sobre; el ganso había ido á reunirse con su amo al campo.

« Ayer ha dejado S. — pero no se sabe dónde. No ha dicho á dónde iba ni cuándo volvería. He creído, por lo tanto, que lo mejor sería devolveros la carta, conociendo vuestra letra, y que estareis mas ó menos impaciente.

Se os ofrece sinceramente, — STUBBS. »

Excusado es decir que al recibo de esta comunicación dí al diablo á amo y criado: — pero ¿á qué conducía montarse en cólera? ¿Qué consuelo halla uno en quejarse?

Mi audacia natural me proporcionaba todavía un recurso que hasta entonces me había salido bien, y resolví utilizarle hasta el fin. Por otra parte, mediante nuestra correspondencia, ¿qué acto de simple inconveniencia podía cometer, no pasando los límites regulares, de que madama Lalande tuviera derecho de formalizarse? Desde la cuestion de la carta, rondé muchas veces al rededor de la casa, y llegué á descubrir que acostumbra á pasear hacia la hora del crepúsculo, en un parterre público al que daban las ventanas de su habitación, y al que la acompañaba un criado negro con librea. Allí, bajo la espesa y frondosa bóveda de los árboles, en la penumbra gris de una hermosa tarde de estío, aproveché una ocasión favorable para llegarme á ella.

Con el fin de engañar al doméstico, saludé á la paseante con todo el aplomo familiar de un conocimiento antiguo, y me contestó con una presencia de espíritu verdaderamente parisiense, alargándome la manita mas encantadora que puede verse. El negro se quedó inmediatamente detrás, y entonces, estando nuestros dos corazones llenos de amor hasta desbordarse, hablamos largamente y sin reserva de nuestra pasión.

Como madama Lalande hablaba la lengua inglesa con menos facilidad aun que la escribía, la conversacion se tuvo necesariamente en francés, y en este dulce idioma, que parece haberse hecho para expresar la pasión, dí libre curso al impetuoso entusiasmo de mi carácter, con toda la elocuencia que pude emplear, suplicándola consintiese en nuestra inmediata union.

Mi impaciencia la arrancó una sonrisa, y se parapetó tras la antigua barrera de las conveniencias, esa pesadilla que se levanta las mas veces entre nosotros y la felicidad, hasta el día en que huye de nosotros para siempre el momento de ser dichosos. Me dijo que había sido indiscreto en hablar á mis amigos del vivo deseo que experimentaba de serle presentado, sabiéndose que no la conocía, que no podía ocultarse la época de nuestro primer encuentro. Despues aludió, no sin enrojecerse un poco, á la reciente fecha de aquel encuentro; añadiendo que casarse inmediatamente sería inconveniente y faltar á las leyes de la etiqueta; seria prematuro. Formuló estas observaciones con tan encantadora sencillez, que me arrebató, abatiéndome al propio tiempo que me convenia, llegando hasta acusarme, riendo, de obrar con demasiada imprudencia y aturdimiento. Me hizo observar que recordara que yo no sabia verdaderamente quién era ella, que ignoraba su fortuna, su parentela y posición en el mundo, y me suplicó, dando un profundo suspiro, reflexionase en la proposicion que acababa de hacerla; y calificó mi amor de infatuacion é ilusion pasajera, sin fundamento sólido, hijo de la imaginacion mas bien que del corazón. Murmuró por fin su negativa en el momento que las sombras del dulce crepúsculo se condensaban en torno suyo, y despues con una ligera presión de su pequeña mano echó por tierra en un instante el edificio de argumentos que acababa de erigir.

Yo respondí como mejor pude, y como un enamorado solo puede responder. Hablé con calor largamente y con persistencia, de mi decision, de mi pasión, de su asombrosa belleza y de mi admiracion sin límites, y para concluir, me apoyé con una energía persuasiva en los peligros que amenazan turbar el curso del amor, « el curso de los verdaderos amores, que no he corrido nunca sin obstáculo (1), » y terminé diciendo que habria imprudencia manifiesta en prolongar inútilmente las relaciones.

Este último razonamiento pareció modificar por fin la rigorosa determinacion de la amante. Dejose ablandar, pero añadió que existía otro obstáculo, en el que no parecia haber reflexionado; y este punto, demasiado delicado para tratarse por una mujer, al abordarle se veia obligada á sacrificar sus sentimientos.... pero *por mí*, ¿qué sacrificio no se impondría? Tratábase de la cuestion de edad. ¿Sabia yo, y lo sabia perfectamente, qué diferencia habia entre nosotros respecto á esto? Que la edad del marido pasase en algunos años á la de la mujer, por ejemplo, quince ó veinte años, el mundo nada tiene que decir de esto, y lo considera como muy conveniente; pero por su parte, ella habia opinado siempre que el marido no debía jamás ser mas joven que su compañera. En este caso la desproporcion no era natural, y causaba muchas veces ¡ay! la desgracia de las familias. Ahora bien, yo no tenía mucho mas de veinte y dos años, y por mi parte, ignoraba quizá que la edad de mi Eugenia subia á mucho mas de esta cifra.

Aquella confesion manifestaba una nobleza de alma y una dignidad llena de candor que me encantarón, que remacharon eternamente mi cadena, costándome trabajo reprimir mis trasportes.

— Mi dulce Eugenia, exclamé, ¿porqué os inquietais por eso? Aunque tengais algo mas edad que yo, ¿qué importa? Las opiniones mundanales no son mas que necesidades convencionales. Para corazones tan amantes como los nuestros, ¿qué diferencia hay entre una hora y un año? ¡Yo tengo veinte y dos años, decis! Os lo concedo, pero lo mismo podriais haberme echado veinte y tres. Ahora bien, vos misma, mi querida Eugenia, no podeis tener mas de... mas de... de... de...

Me callé, esperando que madama Lalande me interrumpiese para decirme su edad exacta; pero una francesa rara vez sigue la línea recta; siempre busca cuando se la dirige alguna pregunta dificultosa, alguna evasiva peculiar suya. Eugenia, que hacia uno ó dos minutos parecia buscar alguna cosa en su vestido, dejó caer al fin una miniatura sobre el verde, apresurándome á levantarla del suelo y entregársela.

— Guardadla, me dijo con una de sus sonrisas mas seductoras; guardadla por mi amor, por el amor de aquella á quien el pintor ha favorecido demasiado; y además, detrás de ese dige hallareis tal vez lo que parece deseais. Ya empiezan á aumentarse las sombras, pero mañana por la mañana podeis examinar ese retrato á vuestro placer. Entre tanto sed mi caballero y acompañadme á casa. Esperamos á algunos amigos y habrá música, pudiendo prometeros desde luego que oireis buenos cantantes. Nosotros los franceses somos menos etiqueteros que vuestros compatriotas, y no tendria el menor inconveniente en haceros aparecer como un conocido antiguo.

Dicho esto, tomó mi brazo y la conduje á su casa. Madama Lalande habitaba una hermosa casa grande, que creo estaba amueblada con mucho gusto; no pudiendo pronunciar una opinion definitiva sobre esto, porque era ya oscuro cuando llegamos á la morada de Eugenia, y en las casas americanas de primer orden se gozaba el mayor tiempo posible y durante los calores del estío, de la dulzura de la media luz. Sin embargo, cerca de una hora despues de mi llegada, se encendió en el salon principal una lámpara solar, adornada con una pantalla, y entonces vi que aquella sala estaba adornada con rara elegancia, y al mismo tiempo con esplendor; otros dos salones, donde se hallaban la mayor parte de las visitas, permanecieron en una agradable semi-oscuridad. Aquella era una excelente costumbre que dejaba á los convidados la eleccion de la sombra ó del día, y que los pueblos trasatlánticos debían apresurarse á imitar.

La *soirée* que pasé allí fué sin duda alguna la mas deliciosa de mi vida. Madama Lalande no habia exagerado el talento músico de sus convidados, pues á no ser en Viena, yo no habia oido nunca cantar tan bien en una reunion particular, siendo el instrumental numeroso y de una habilidad notable. La música vocal se dejó casi por completo á las señoras, y ninguna lo hizo mal. A madama Lalande le llegó el turno á su vez, y levantándose de la silla que ocupaba junto á la mía, se dirigió sin afectacion ni monada hacia el piano, seguida de uno ó dos caballeros y de su amigo de la ópera. Yo me sentí tentado de escoltarla, pero comprendí que teniendo en cuenta la manera como habia sido presentado, lo mejor seria no menearme y permanecer desapercibido en mi rincón. Mi reserva me privó del placer de ver á mi amada, pero no de oirla.

Produjo en el auditorio un efecto eléctrico; en mí hizo una impresion aun mas viva, que no acertaria á describir con propiedad, y que debia provenir en parte del amor de que estaba poseído, entrando tambien por mucho mi convicción de su gran sensibilidad. El arte no sabia dar una expresion mas apasionada á un aria ó á un recitativo. Su manera de decir la romanza del *Otelo* y el modo de interpretar el *Sul mio sasso* de los *Capu-*

(1) Frase shakspearina convertida en proverbio.

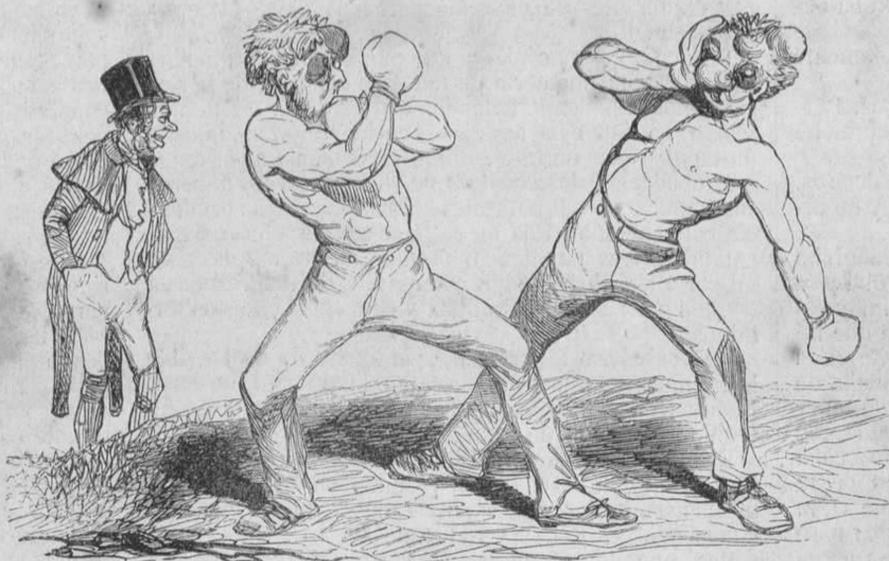
letti, resuenan todavía en mi oído. Su voz abrazaba tres octavas, extendiéndose del *re* de contralto al *re* de soprano, y aunque de un poder suficiente para llenar el gran teatro de Nápoles, arrostraba con la prevision mas minuciosa todas las dificultades de la vocalizacion, subiendo y bajando la escala, ejecutando las cadencias y trinos con la mas perfecta ligereza. En el final de la *Sonámbula* produjo un efecto extraordinario en el pasaje:

¡ Ah! non guinge uman pensiero
Al contento oud'io son piena.

En este lugar, imitando á la Malibran, modificó la frase de Bellini y bajó su voz hasta *el sol bajo* de tenor, y despues por una rápida transicion llegó al *sol* de la tercera escala, saltando así un intervalo de dos octavas.

Quando dejó el piano donde habia ejecutado aquellos milagros de melodía vocal, vino á ocupar su puesto junto á mi, y le expresé con términos del mas profundo entusiasmo el placer que me habia causado. Yo no hablaba de mi asombro, aunque hubiese experimentado una sorpresa extrema, porque cierta debilidad, ó mas bien cierta emocion temblorosa de la voz que habia creído observar en su conversacion ordinaria, me habia hecho temer no fuese una cantante de primera fuerza.

Nuestra charla fué larga, animada y sin interrupcion; fué una especie de abandono sin reserva. Eugenia me hizo la contara los primeros incidentes de mi vida, y escuchó con el mas vivo interés hasta las menores palabras de mis confidencias. Yo no la oculté nada, creyendo no debia ocultar nada á su confiada ternura. Animado por el candor que habia mostrado en un capitulo tan delicado como el de su edad, no solamente reconoci con perfecta franqueza mis numerosos defectillos, sino que confesé aquellas enfermedades morales y aun fisicas, cuya confesion exige tanto mas valor, cuanto que



El pugilismo. — Partida en cuatro puntos.

se hace una prueba de amor tanto mas esclarecida. Pasé revista á mis locuras estudiantiles, mis prodigalidades, mis excesos, mis deudas, mis amorios. Llegué hasta hablarle de una tos seca que me habia inquietado en otro tiempo, de un reumatismo crónico, de algunas punzadas de gota hereditaria, y en último lugar, de la debilidad desagradable é incómoda de mi vista, que hasta entonces habia ocultado cuidadosamente.

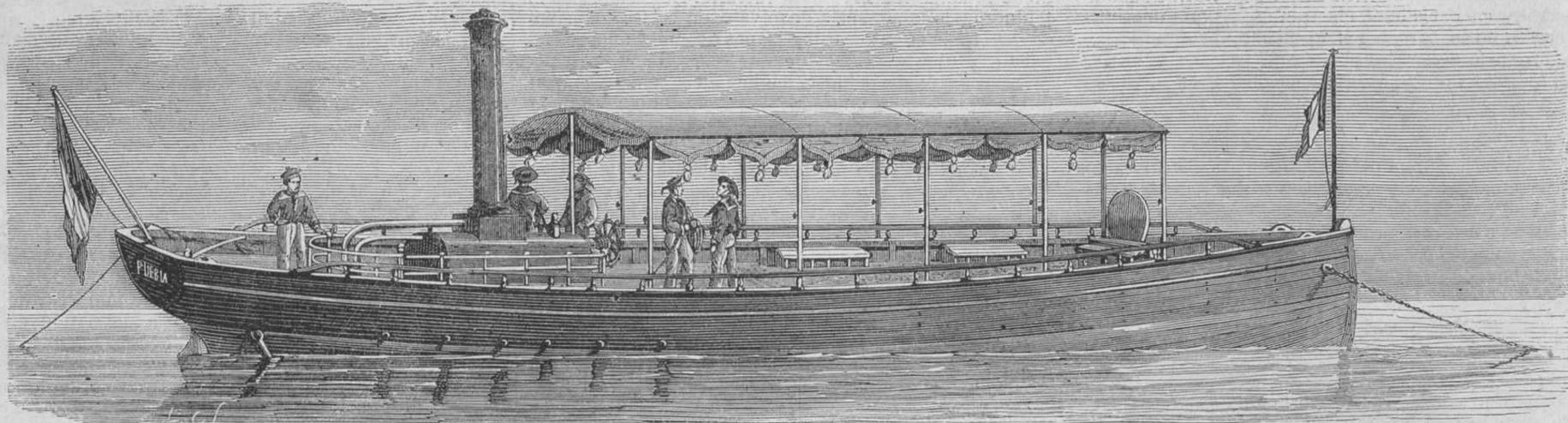
— En cuanto á ese defecto, dijo madama Lalande riendo, cometeis una gran falta en confesarlo; si no lo hubiéseis dicho me parece que nadie habria pensado en acusaros de no tener los mejores ojos del mundo. A propósito, continuó, recordareis — al decir esto me pareció ver á pesar de la oscuridad parcial del salon, que Eugenia se enrojecia — recordareis, amigo mio, el pequeño instrumento óptico que llevo colgado al lado.

Y al decir estas palabras daba vueltas al lente entre sus dedos.

— Si que me acuerdo de él, exclamé estrechando con pasion la delicada mano que sometia el gemelo á mi examen. Era una magnífica alhaja de filigrana, bastante complicada y enriquecida con brillantes piedras.
(Se continuará.)

El pugilismo.

El pugilismo está lejos de extinguirse en Inglaterra, y el principio del otoño va á ser marcado por una porcion de singulares combates que se están arreglando en este momento á ciencia y paciencia de la policia y las autoridades. Recientemente ha sido muerto de un trompis un pugilista, y el martes de la semana pasada se han medio matado dos mas para disputar la respetable suma de libras esterlinas 400, ó sean 2,000 duros. Los protagonistas de esta lucha son dos pugilistas de profesion llamados el uno Travers y el otro Dillon, y su primer encuentro tuvo lugar en Tivyford, en presencia de un gran número de aficionados á tan brutal y desmoralizador espectáculo. Despues de haberse acometido con la furia de costumbre, 33 veces en el espacio de una hora y 46 minutos, y descargándose algunos centenares de terribles trompis en la cara, el pecho y la cabeza, intervino la policia y tuvieron que retirarse á terminar la lucha á algunas millas de distancia. En Wargrave Ferry comenzaron de nuevo el combate, que duró 16 minutos mas; pero la policia intervino de nuevo y los combatientes tuvieron que marchar á otro punto llamado Taplow. Travers declaró, sin embargo no poder continuarla al llegar aquí, por haber recibido lesion interior en el curso de tan desesperada lucha, lo cual probó con un certificado de un cirujano llamado al efecto. El combate ha quedado por lo tanto aplazado. Esta cos-



El Puebla, yacht de S. M. la emperatriz.

tumbre bárbara ha inspirado al célebre caricaturista Cham el dibujo que publicamos. R. S.

El Puebla,

YACHT DE S. M. LA EMPERATRIZ.

El *Puebla*, yacht de S. M. la emperatriz Eugenia, botado al agua el viernes 31 de julio y terminado en la dársena Vauban, salió el viernes 7 de agosto con direccion á Asnieres, donde fué recibido por M. Dupuy de Lome, ingeniero en jefe de marina. Le mandaba M. Lefebvre, capitán de fragata, y llevaba á su bordo á M. de Sandfort, ingeniero de la casa Mazeline.

Un público distinguido compuesto principalmente de constructores del Havre se habia reunido en los muelles para asistir á la salida del *Puebla*. A las doce y cuarto el yacht pasaba con una velocidad de ocho nudos, y á las siete llegaba á Ruan; la presion de la caldera habia sido durante el trayecto de cinco atmósferas, y la máquina habia dado doscientas vueltas, produciendo una velocidad media de siete nudos y medio. Las experiencias hechas por M. Dupuy de Lome en Asnieres completan estas noticias, y patentizan que la construccion es perfecta.

El yacht ha sido hecho en los talleres Mazeline en vista de los planos de M. Dupuy de Lome, bajo la inteligente direccion de M. Lelaidier, inventor de un nuevo hélice de paso variable y borde levantado que ha sido aplicado en este yacht, despues de haber recibido una brillante consagracion en muchos experimentos.

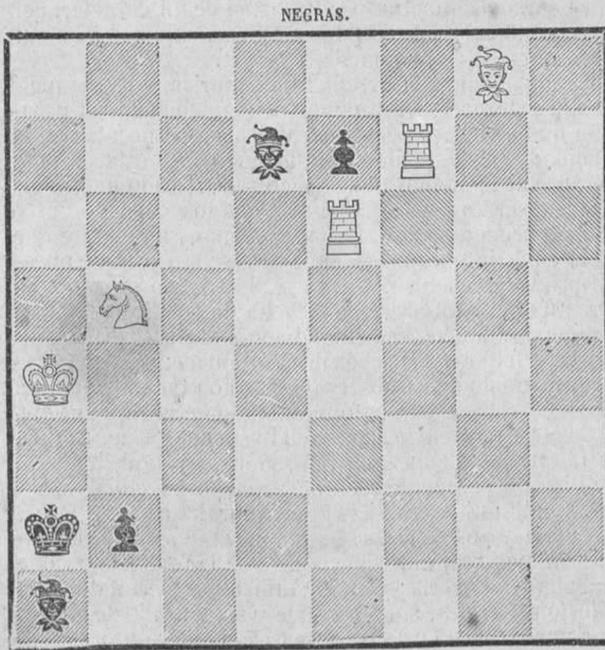
La máquina de fuerza de diez caballos ha salido de manos de M. Cody, ingeniero en jefe de los talleres. Digno discípulo de M. Mazeline, este ingeniero ha sabido introducir el arte en las máquinas, y por esto ha podido

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 77.

- 1 T 2ª TR A come C jaque
- 2 R come C R 6ª TRª
- 3 T 3ª R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 78, POR M. V. SCHLEGEL.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

hacer una verdadera joya. Buscando las leyes de lo bello ha abandonado por contornos graciosos las formas mas severas que resultan del círculo y de la línea sin comprometer la solidez, puesto que las piezas tomando esos contornos se hacen mas resistentes.

La quilla formada de placas de acero, tiene en su mayor largo 10 metros, y en su mayor anchura 3 metros 75 centímetros; y se halla sostenida por cuadernas tambien de acero, con la forma de los antiguos rails Barlow.

Una abertura practicada en el puente y garantida por una balastrada de acero, deja distinguir la caldera y la máquina que descansan sobre el fondo por una placa de fundacion. El carbon contenido en cajas de hierro batido, se transporta por medio de rails.

Debajo del puente no hay apenas mas que la instalacion del timon, las carboneras, dos camas para los hombres y los árboles de los hélices; estos hélices que son dos por la poca cala que tiene el buque, se hallan provistos de una armadura que los preserva de los choques.

La tienda colocada sobre cubierta está sostenida por columnillas de cobre. La rueda del timon en una de las extremidades permite al emperador, tan hábil en todos los ejercicios corporales, gobernar por sí; además le puede ayudar el comandante que se situa en la barra.

A la altura del puente reina á lo largo del buque una varilla dorada que se destaca admirablemente sobre el fondo verde oscuro que realza el rosa claro de la carena. En fin, las placas que pasan del puente se hallan revestidas de caoba en su interior con adornos de cobre.

M. Lelaidier, encargado de todos los detalles, los ha ejecutado con una sencillez del mejor gusto. H. B.

ADVERTENCIA.

La *Revista de la Moda* correspondiente al figurin que acompaña á este número, la hallarán nuestros suscritores en el número 559.